

INTRODUCCIÓN A LOS LIBROS DE JOSUÉ, JUECES, SAMUEL Y REYES

A los libros de Josué, Jueces, Samuel y Reyes se les llama en la Biblia hebrea los Profetas anteriores, en contraposición a los Profetas posteriores: Isaías, Jeremías, Ezequiel y los Doce Profetas Menores. Este apelativo se explica por una tradición que atribuía la composición de estos libros a profetas: a Josué, la del libro que lleva su nombre; a Samuel, la de Jueces y Samuel; a Jeremías, la de Reyes. Y se justifica por el carácter religioso que les es común: estos libros, que nosotros llamamos históricos, tienen como tema principal las relaciones de Israel con Yahvé, su fidelidad o su infidelidad, sobre todo su infidelidad, a la palabra de Dios, cuyos portavoces son los profetas. En realidad, los profetas intervienen con frecuencia: Samuel, Gad, Natán, Elías, Eliseo, Isaías, (...) sin contar las figuras de menor relieve. Los libros de los Reyes ofrecen el marco en que se ejerció el ministerio de los profetas escritores antes del Destierro.

Estos libros, así eslabonados con lo que inmediatamente les sigue en la Biblia hebrea, lo están también con lo que les precede. Por su contenido, vienen a ser una prolongación del Pentateuco: al final del Deuteronomio, Josué es designado sucesor de Moisés, y el libro de Josué comienza a raíz de la muerte de Moisés. Se ha supuesto que incluso existía unidad literaria entre los dos conjuntos y se ha buscado la continuación de los documentos o de las fuentes del Pentateuco, en el libro de Josué; de este modo se ha llegado a delimitar un Hexateuco; e incluso se ha ido más lejos, llegándose a abarcar los libros de los Reyes. Pero los esfuerzos realizados para descubrir los documentos del Pentateuco en Jueces, Samuel y Reyes no han dado ningún resultado satisfactorio. La situación es más favorable en cuanto a Josué, donde se distinguen corrientes que están más o menos relacionadas con la yahvista y la elohista, si es que no son continuación de éstas. Sin embargo, la influencia del Deuteronomio y de su doctrina resulta más clara aún y los partidarios de un Hexateuco deben admitir por su parte una redacción deuteronomista de Josué. Estas conexiones con el Deuteronomio prosiguen en los libros siguientes, si bien de manera variable: son extensas en los Jueces, más limitadas en Samuel, predominantes en los Reyes, pero siempre distinguibles. De ahí que se haya elaborado la hipótesis de que el Deuteronomio era el comienzo de una gran historia religiosa que se prolongaba hasta el final de los libros de los Reyes.

Justificada históricamente en el Deuteronomio la doctrina de la elección de Israel, y definida la constitución teocrática que de ahí se sigue, el libro de

Josué narra el establecimiento del pueblo elegido en la tierra a él prometida; el de los Jueces esboza la sucesión de sus apostasías y de sus conversiones a la gracia; los de Samuel, después de la crisis que condujo a la institución de la realeza y puso en peligro el ideal teocrático, exponen cómo se realizó este ideal con David; los de los Reyes describen la decadencia que se inició desde el reinado de Salomón y que, por una serie de infidelidades, y a pesar de algunos reyes piadosos, condujo a la condenación del pueblo por su Dios. El Deuteronomio habría sido desprendido de este conjunto cuando se quiso reunir todo lo que se refería a la persona y la obra de Moisés (cf. la Introducción al Pentateuco).

Esta hipótesis parece justificada, pero ha de completarse, o corregirse, con dos corolarios. Por una parte, la redacción deuteronomista ha operado sobre tradiciones orales o documentos escritos, distintos por su antigüedad y carácter que, generalmente, estaban ya agrupados; y ha retocado de forma desigual los materiales que utilizaba. Esto explica que los libros, o grandes secciones en cada libro, conserven su individualidad. Por otra parte, no se llegó de un golpe a esta misma redacción deuteronomista, y cada libro muestra indicios de varias ediciones. A juzgar por el libro de los Reyes, cuyo testimonio es el más claro, hubo al menos dos redacciones, una a raíz de la reforma de Josías, otra durante el Destierro. A propósito de cada libro se irán dando precisiones sobre estos diversos puntos.

Son, pues, estos libros, en su forma definitiva, obra de una escuela de hombres piadosos, imbuidos en las ideas del Deuteronomio, que meditan sobre el pasado de su pueblo y deducen de él una lección religiosa. Pero también nos han conservado tradiciones o textos que se remontan hasta la época heroica de la conquista, con la narración de los hechos salientes de la historia de Israel. El hecho de que ésta sea presentada como historia sagrada no disminuye su interés para el historiador y realza su valor para el creyente: este último, no sólo aprenderá en ella a encontrar la mano de Dios en todos los acontecimientos del mundo, sino que, en la exigente solicitud de Yahvé para con su pueblo elegido, reconocerá la lenta preparación del nuevo Israel, la comunidad de los creyentes.

El libro de Josué se divide en tres partes: a) la conquista de la tierra prometida, 1-12; b) el reparto del territorio entre las tribus, 13-21; c) el fin de la jefatura de Josué, y especialmente su último discurso y la asamblea de Siquén, 22-24. Es cierto que este libro no fue escrito por Josué mismo, como lo ha admitido la tradición judía, y que emplea fuentes diversas. En la

JUECES

primera parte, en los caps. 2-9, se reconoce un grupo de tradiciones, a veces paralelas, que se vinculan al santuario benjaminita de Guilgal, y en los caps. 10-11, dos historias de batallas, la de Gabaón y la de Merom, de las que se hace depender la conquista de todo el Sur, y más adelante, la de todo el Norte del país. La historia de los gabaonitas, cap. 9, infiltrándose en 10 1-6, sirve de enlace entre estos elementos, que probablemente se hallaban reunidos desde los comienzos de la época monárquica.

El hecho de que los relatos de los caps. 2-9 sean originarios de Guilgal, santuario de Benjamín, no quiere decir que la figura de Josué, que es efrainita, sea en ellos secundaria, porque los componentes de Efraín y de Benjamín entraron juntos en Canaán antes de establecerse en sus territorios respectivos. Es innegable el aspecto etiológico de estos relatos, es decir, su afán por explicar hechos y situaciones que no dejan de ser observables, pero solamente afecta a las circunstancias o a las consecuencias de acontecimientos cuya historicidad no se debe rechazar, excepto, al parecer, el relato de la toma de Ay.

La segunda parte es una exposición geográfica de índole muy diferente. El cap. 13 localiza a las tribus de Rubén y Gad y a la media tribu de Manasés, instaladas ya por Moisés en Transjordania, según Nm 32, ver Dt 3 12-17. Los caps. 14-19, concernientes a las tribus del oeste del Jordán, combinan dos clases de documentos: una descripción de los límites de las tribus, de una precisión muy desigual, y que en el fondo se remonta a la época premonárquica, y listas de ciudades que han sido añadidas. La más detallada es la de las ciudades de Judá, 15, que, completada con una parte de las ciudades de Benjamín, 18 25-28, distribuye las ciudades en doce distritos; refleja una división administrativa del reino de Judá, probablemente en tiempos de Josafat. A modo de complementos, el cap. 20 enumera las ciudades de asilo, cuya lista no es anterior al reinado de Salomón; el cap. 21, sobre las ciudades levíticas, es una adición posterior al Destierro, pero que utiliza los recuerdos de la época monárquica.

En la tercera parte, el cap. 22, acerca del regreso de las tribus de Transjordania y la erección de un altar a orillas del Jordán, presenta las señales de redacciones deuteronomista y sacerdotal; tiene su origen en una tradición particular cuya fecha y sentido son dudosos. El cap. 24 conserva el antiguo y auténtico recuerdo de una asamblea en Siquén y de un pacto religioso que allí se estableció.

Además de algunos retoques de detalle, se pueden atribuir a la redacción deuteronomista los pasajes

siguientes: 1 (en gran parte); 8 30-35; 10 16-43; 11 10-20; 12; 22 1-8; 23; la revisión de 24. La forma en que el cap. 24, retocado según el espíritu del Deuteronomio, se ha mantenido junto al cap. 23, que se inspira en él pero que es de otra mano, nos proporciona el indicio de dos ediciones sucesivas del libro.

Éste presenta la conquista de toda la Tierra Prometida como el resultado de una acción de conjunto de las tribus bajo la dirección de Josué. El relato de Jc 1 ofrece un cuadro diferente: en él vemos que cada tribu lucha por su territorio y es a menudo derrotada; es una tradición con origen en Judá, pero algunos componentes de esta tradición penetraron en la parte geográfica de Josué: 13 1-6; 14 6-15; 15 13-19; 17 12-18. Esta imagen de una conquista desperdigada e incompleta está más cerca de la realidad histórica, que sólo de una manera conjetural es posible restituir. El establecimiento en el sur de Palestina se hizo desde Cadés y el Négueb y sobre todo por medio de grupos que sólo paulatinamente fueron integrados en Judá: los calebitas, quenizeos, etc., y los simeonitas. El establecimiento en Palestina central fue obra de los grupos que atravesaron el Jordán bajo la dirección de Josué y que comprendían a los elementos de las tribus de Efraín-Manasés y de Benjamín. El establecimiento en el Norte tuvo una historia particular: las tribus de Zabulón, Isacar, Aser y Neftalí pudieron hallarse ya establecidas desde una época indeterminada y no habrían bajado a Egipto. En Siquén se adhirieron a la fe yahvista que el grupo de Josué había traído y adquieren sus territorios definitivos luchando contra los cananeos que los habían subyugado o que les amenazaban. En estas diversas regiones, el establecimiento se realizó en parte mediante acciones de guerra y en parte mediante la infiltración pacífica y las alianzas con los anteriores ocupantes del país. Es preciso mantener como histórico el papel de Josué en el establecimiento en Palestina central, desde el paso del Jordán hasta la asamblea de Siquén. Tomando en consideración la fecha que se ha indicado para el Éxodo (Introducción a Pentateuco), se puede proponer la siguiente cronología: entrada de los grupos del Sur hacia el 1250, ocupación de la Palestina central por los grupos procedentes de allende el Jordán a partir de 1225, expansión de los grupos del Norte hacia el 1200 a.C.

De esta historia compleja, que sólo de un modo hipotético restituimos, el libro de Josué ofrece un cuadro idealizado y simplificado. El cuadro está idealizado: la epopeya de la salida de Egipto se prosigue con esta conquista en que Dios interviene milagrosamente en favor de su pueblo. Está simplificado: todos los episodios se han polarizado en torno a la gran figura de Josué, que dirige los

combates de la casa de José, 1-12, y a quien se atribuye un reparto del territorio que no llevó él a cabo ni se realizó de una vez, 13-21. El libro concluye con la despedida y la muerte de Josué, 23; 24 29-31; de este modo, él es, del principio al fin, su personaje principal. Los Padres han reconocido en él una prefiguración de Jesús: no sólo lleva el mismo nombre, Salvador, sino que el paso del Jordán, que, con él al frente, da entrada en la Tierra Prometida, es el tipo del bautismo en Jesús, que nos da acceso a Dios, y la conquista y el reparto del territorio son la imagen de las victorias y de la expansión de la Iglesia.

Esta tierra de Canaán es, con toda evidencia, en las limitadas perspectivas del AT, el verdadero tema del libro: el pueblo, que había encontrado a su Dios en el desierto, recibe ahora su tierra, y la recibe de su Dios. Porque quien ha combatido en favor de los israelitas, 23 3-10; 24 11-12, y les ha dado en herencia el país que había prometido a los Padres, 23 5, 14, es Yahvé.

El libro de los Jueces comprende tres partes desiguales: a) una introducción, 1 1 - 2 5; b) el cuerpo del libro, 2 6 - 16 31; c) adiciones que narran la migración de los danitas, con la fundación del santuario de Dan, 17-18, y la guerra contra Benjamín en castigo del crimen de Guibeá, 19-21.

La introducción actual al libro, 1 1 - 2 5, en realidad no le pertenece: se ha dicho a propósito del libro de Josué que era otro cuadro de la conquista y sus resultados, considerado desde un punto de vista de los de Judá. Su inserción ha ocasionado la repetición en 2 6-10 de informaciones acerca de la muerte y la sepultura de Josué que se habían dado ya en Jos 24 29-31.

La historia de los Jueces se refiere en la parte central, 2 6 - 16 31. Los modernos distinguen seis grandes jueces, Otniel, Ehúd, Barac (y Débora), Gedeón, Jefé y Sansón, cuyos hechos se refieren de una manera más o menos detallada, y seis menores, Sangar, 3 31, Tolá y Yair, 10 1-15, Ibsán, Elón y Abdón, 12 8-15, que solamente son objeto de breves menciones. Pero esta distinción no se hace en el texto; hay una diferencia mucho mayor entre los dos grupos, y el título común de jueces que se les da es el resultado de la composición del libro, que ha reunido elementos extraños entre sí en un principio. Los grandes jueces son héroes libertadores; su origen, su carácter y su acción varían mucho, pero todos poseen un rasgo común: han recibido una gracia especial, un carisma, han sido especialmente elegidos por Dios para una misión de salvación.

Sus historias fueron narradas primero oralmente, en formas variadas, e incorporaron elementos diversos. Finalmente, fueron reunidas en un libro de los libertadores, compuesto en el reino del Norte en la primera parte de la época monárquica. Abarcaba la historia de Ehúd, la de Barac y Débora, quizá alterada ya por el relato de Jos 11, referente a Yabín de Jazor, la historia de Gedeón-Yerubaal, a lo que se añadió el episodio de la realeza de Abimélec, la historia de Jefé ampliada con la de su hija. Se recogieron dos antiguas piezas poéticas, el Cántico de Débora, 5, que es un duplicado del relato en prosa, 4, y el apólogo de Jotán, 9 7-15, dirigido contra la realeza de Abimélec. Los héroes de algunas tribus se convertían en este libro en figuras nacionales que habían dirigido las guerras de Yahvé para todo Israel. Los jueces menores, Tolá, Yair, Ibsán, Elón, Abdón, proceden de una tradición diferente. No se les atribuye ningún acto salvador, solamente se dan informaciones acerca de sus orígenes, su familia y el lugar de su sepultura, y se dice que han juzgado a Israel durante un número de años preciso y variable. Conforme al uso diverso del verbo *s?ft*, juzgar, en las lenguas semíticas del Oeste, emparentadas con el hebreo, en Mari en el s. XVIII a.C., y en Ugarit en el s. XIII, y hasta en los textos fenicios y púnicos de la época grecorromana (los sufetes de Cartago), estos jueces no sólo administran justicia, sino que gobiernan. Su autoridad no se extendía más allá de su ciudad o de su distrito. Fue una institución política intermedia entre el régimen tribal y el régimen monárquico. Los primeros redactores deuteronomistas poseían informes auténticos de estos jueces, pero extendieron su poder a todo Israel y los ordenaron en sucesión cronológica. Trasladaron su título a los héroes del libro de los libertadores, que de ese modo se convirtieron en jueces de Israel. Jefé servía de lazo de unión entre los dos grupos: había sido un libertador, pero también había sido juez; se sabían, y se dan a propósito de él los mismos datos, 11 1-2; 12 7, que a propósito de los jueces menores, entre los cuales se incrusta su historia. Con ellos se equiparó también una figura que primitivamente nada tenía que ver con ninguno de los dos grupos: el singular héroe danita Sansón, que no había sido ni libertador ni juez, pero cuyas hazañas contra los filisteos se narraban en Judá, 13-16. Se añadió en la lista a Otniel, 3 7-11, que pertenece a la época de la conquista, ver Jos 14 16-19; Jc 1 12-15, y más adelante a Sangar, 3 31, que ni siquiera era israelita, ver Jc 5 6, así se alcanzaba la cifra de doce, simbólica de todo Israel. Fue también la redacción deuteronomista la que puso al libro su marco cronológico: conservando los datos auténticos sobre los jueces menores, fue intercalando en los relatos indicaciones convencionales en que se repiten las cifras de 40, duración de una generación, o su múltiplo 80, o su mitad 20, en un esfuerzo por alcanzar un total

JUECES

que, combinado con otros datos de la Biblia, corresponde a los 480 años que la historia deuteronomista pone entre la salida de Egipto y la construcción del Templo, 1 R 6 1. En este marco, las historias de los Jueces llenan sin lagunas el período que discurrió entre la muerte de Josué y los comienzos del ministerio de Samuel. Pero, sobre todo, los redactores deuteronomistas dieron al libro su sentido religioso. Éste se expresa en la introducción general de 2 6 - 3 6 y en la introducción particular a la historia de Jefé, 10 6-16, así como en las fórmulas redaccionales que llenan casi toda la historia de Otniel, que es una composición deuteronomista, y que sirven de marco a las grandes historias siguientes: los israelitas han sido infieles a Yahvé, él los ha entregado en manos de los opresores; los israelitas han implorado a Yahvé, él les ha enviado un salvador, el Juez. Pero vuelven las infidelidades y la serie se repite. Este libro deuteronomista de los Jueces tuvo por lo menos dos ediciones. Los indicios más claros son: los dos elementos que se añaden en la introducción, 2 11-19 y 2 6-10 * 2 20 - 3 6, y las dos conclusiones a la historia de Sansón, 15 20 y 16 30, que significan que el cap. 16 es una adición.

Este libro no contenía aún los apéndices, 17-21. Éstos no narran la historia de un juez, sino que informan de los acontecimientos ocurridos antes de la institución de la monarquía, razón por la cual han sido añadidos al final del libro después de la vuelta del Destierro. Reproducen antiguas tradiciones y han pasado por una larga historia literaria o preliteraria antes de ser aquí incluidos. Los caps. 17-18 tienen su origen en una tradición danita sobre la migración de la tribu y la fundación del santuario de Dan, que ha sido transformada en sentido peyorativo. Los caps. 19-21 combinan dos tradiciones de los santuarios de Mispá y Betel, que fueron divulgadas por todo Israel; estas tradiciones, quizá benjaminitas, fueron revisadas en Judá en sentido hostil a la realeza de Saúl en Guibeá.

El libro es casi nuestra única fuente para el conocimiento de la época de los Jueces; pero no permite escribir una historia lógica de esa época. La cronología que nos da es artificial, como lo hemos dicho ya. Suma períodos que han podido superponerse en el tiempo, puesto que los tiempos de opresión y las liberaciones nunca afectan más que a una parte del territorio y la época de los Jueces no se extendió más de siglo y medio.

Los principales acontecimientos cuyo recuerdo se nos conserva pueden ser fechados dentro de este período sólo por aproximación. La victoria de Tanac bajo Débora y Barac, 4-5, pudo haber sido conseguida hacia mediados del s. XII, es anterior a la invasión

madianita (Gedeón) y a la expansión de los filisteos fuera de su territorio propio (Sansón). De ello se deduce sobre todo que, durante este turbulento período, los israelitas no sólo tuvieron que luchar contra los cananeos, primeros poseedores del país, por ejemplo contra los de la llanura de Yizreel, batidos por Débora y Barac, sino también contra los pueblos vecinos: moabitas (Ehúd), amonitas (Jefé), madianitas (Gedeón), y contra los filisteos recién llegados (Sansón). En estos momentos de peligro, cada grupo defiende su territorio. En ocasiones, un grupo se une a los grupos vecinos, 7 23, o a la inversa, una tribu poderosa protesta porque no ha sido invitada a participar del botín, 8 1-3; 12 1-6. El Cántico de Débora, 5, estigmatiza a las tribus que no han respondido al llamamiento y, cosa notable, Judá y Simeón ni siquiera aparecen nombrados.

Estas dos tribus vivían en el Sur, separadas por la barrera no israelita de Guézer, de las ciudades gabaonitas y de Jerusalén, y su aislamiento alimentaba los gérmenes del cisma futuro. Por el contrario, la victoria de Tanac, que daba a los israelitas la llanura de Yizreel, facilitó la unión de la Casa de José y de las tribus del Norte. Sin embargo, la unidad entre las diferentes fracciones estaba asegurada por la participación en la misma fe religiosa: todos los Jueces fueron yahvistas convencidos, y el santuario del arca en Silo era el centro donde todos los grupos se encontraban. Además, estas luchas forjaron el alma nacional y prepararon el momento en que, ante un peligro general, se unirían todos contra el enemigo común, bajo Samuel.

El libro enseñaba a los israelitas que la opresión es un castigo de la impiedad y que la victoria es una consecuencia de la vuelta a Dios. El Eclesiástico alaba a los Jueces por su fidelidad, Si 46 11-12, la epístola a los Hebreos presenta sus éxitos como la recompensa de su fe; forman parte de esa nube de testigos que anima al cristiano a rechazar el pecado y a soportar con valentía la prueba a que se le somete, Hb 11 32-34; 12 1.

El librito de Rut figura a continuación de los Jueces en los Setenta, la Vulgata y las traducciones modernas. En la Biblia hebrea se encuentra colocado con los Hagiógrafos como uno de los cinco rollos, los meguil.lot, que se leían en las fiestas principales; servía Rut para la fiesta de Pentecostés. Aunque el tema del libro lo relaciona con el período de los Jueces, ver 1 1, el libro no formaba parte de la redacción deuteronomista, que se extiende desde Josué hasta el final de Reyes.

Es la historia de Rut la Moabita que, tras la muerte de su marido, un hombre de Belén emigrado a Moab, vuelve a Judá con su suegra Noemí y se desposa con Booz, pariente de su marido, en cumplimiento de la ley del levirato; de este matrimonio nace Obed, que será el abuelo de David.

Una adición, 4 18-22, da una genealogía de David paralela a la de 1 Cro 2 5-15.

Se discute mucho la fecha de composición y se han propuesto todos los períodos desde David y Salomón hasta Nehemías. Los argumentos alegados en favor de una fecha tardía: lugar en el canon hebreo, lenguaje, costumbres familiares, doctrina, no son decisivos, y el librito, menos los últimos versículos, podría haber sido compuesto en la época monárquica. Es una historia edificante cuya intención principal es mostrar cómo resulta premiada la confianza que se pone en Dios, cuya misericordia se extiende hasta una extranjera, 2 12. Esta fe en la Providencia y este espíritu universalista son la enseñanza duradera del relato. El hecho de que Rut haya sido reconocida como la bisabuela de David ha dado un valor especial a este librito, y San Mateo ha incluido el nombre de Rut en la genealogía de Cristo, Mt 1 5.

Los libros de Samuel formaban una sola obra en la Biblia hebrea. La división en dos libros se remonta a la traducción griega que ha unido asimismo Samuel y Reyes bajo un mismo título: los cuatro libros de los Reinos; la Vulgata los llama los cuatro libros de los Reyes. El Samuel hebreo corresponde a los dos primeros. Este título proviene de la tradición que atribuía al profeta Samuel la composición de este escrito.

El texto es uno de los peor conservados del AT. La traducción griega de los Setenta da un texto bastante diferente, que se remonta a un prototipo del que las cuevas de Qumrán han proporcionado importantes fragmentos. Existían, pues, varias recensiones hebraicas de los libros de Samuel.

Se distinguen en él cinco partes: a) Samuel, 1 S 1-7; b) Samuel y Saúl, 1 S 8-15; c) Saúl y David, 1 S 16 a 2 S 1; d) David, 2 S 2-20; e) suplementos, 2 S 21-24.

La obra combina o yuxtapone diversas fuentes y tradiciones sobre los comienzos del período monárquico. Hay una historia del arca y de su cautiverio entre los filisteos, 1 S 4-6, en la que no aparece Samuel y que proseguirá en 2 S 6. Está enmarcada por un relato de la infancia de Samuel, 1 S 1-3, y por otro relato que presenta a Samuel como el

último de los Jueces y anticipa la liberación del yugo filisteo, 7. Samuel desempeña un papel esencial en la historia de la institución de la realeza, 1 S 8-12, donde se han distinguido desde hace tiempo dos grupos de tradiciones: 9; 10 1-16; 11, por una parte, y 8; 10 17-24; 12, por otra. Al primer grupo se le ha denominado versión monárquica del acontecimiento, y al segundo, versión antimonárquica; esta última sería posterior. En realidad ambas tradiciones son antiguas y solamente representan tendencias diferentes; además, la segunda corriente no es tan antimonárquica como se afirma, sino que solamente se opone a una realeza que no respetaría los derechos de Dios. Las guerras de Saúl contra los filisteos son narradas en 13-14, con una primera versión del rechazo de Saúl, 13 7a; una segunda versión de este rechazo se da en 15, en conexión con una guerra contra los amalecitas. Este rechazo prepara la unción de David por Samuel, 16 1-13. Sobre los comienzos de David y sus desavenencias con Saúl, se han recogido tradiciones paralelas y, al parecer, de igual antigüedad en 1 S 16 14 - 2 S 1, donde los duplicados son frecuentes. El final de esta historia se encuentra en 2 S 2-5: el reinado de David en Hebrón, la guerra filisteo y la toma de Jerusalén aseguran la confirmación de David como rey sobre todo Israel, 2 S 5 12. El cap. 6 prosigue la historia del arca; la profecía de Natán, 7, es antigua, pero ha sido retocada; el cap. 8 es un resumen redaccional. En 2 S 9 se inicia una larga narración que no concluirá hasta el comienzo de Reyes, 1 R 1-2. Es la historia de la familia de David y de las luchas en torno a la sucesión al trono, escrita por un testigo ocular, en la primera mitad del reinado de Salomón. Queda interrumpida por 2 S 21-24, que agrupa trozos de origen diverso sobre el reinado de David.

Es posible que desde los primeros siglos de la monarquía hayan tomado cuerpo, además de la gran historia de 2 S 9-20, otras agrupaciones literarias: un primer ciclo de Samuel, dos historias de Saúl y David. Es posible, asimismo, que estos conjuntos hayan sido combinados en torno al año 700, pero los libros no recibieron su forma definitiva hasta que fueron incorporados a la gran historia deuteronomista. Sin embargo, la influencia del Deuteronomio resulta aquí menos visible que en Jueces y Reyes. Se la descubre particularmente en los primeros capítulos de la obra, especialmente en 1 S 2 22-36; 7 y 12, quizá en una modificación de la profecía de Natán, 2 S 7; pero el relato de 2 S 9-20 se ha conservado casi sin retoque.

Los libros de Samuel abarcan el período que va de los orígenes de la monarquía israelita al final del reinado de David. La expansión de los filisteos (la batalla de Afec, 1 S 4, se sitúa hacia el 1050) ponía en peligro la existencia misma de Israel e impulsó la monarquía.

JUECES

Saúl, hacia el 1030, es, en un principio, como un continuador de los Jueces, pero su reconocimiento por todas las tribus le confiere una autoridad universal y permanente: ha nacido la realeza. Comienza la guerra de liberación y los filisteos son arrojados hasta su territorio, 1 S 14; los encuentros posteriores tienen lugar en los confines del territorio israelita, 1 S 17 (valle del Terebinto), 28 y 31 (Gelboé). Este último combate acaba en desastre y en él muere Saúl, hacia el 1010. La unidad nacional se ve de nuevo comprometida, David es consagrado rey en Hebrón por los de Judá, y las tribus del Norte le oponen a Isbaal, descendiente de Saúl, refugiado en Transjordania. Sin embargo, el asesinato de Isbaal hace posible la unión, y David es reconocido rey por Israel.

El segundo libro de Samuel no da más que un resumen de los resultados políticos del reinado de David: fueron, sin embargo, considerables. Los filisteos fueron definitivamente rechazados, la unificación del territorio concluye con la absorción de los enclaves cananeos, y en primer lugar Jerusalén, que se convirtió en la capital política y religiosa del reino. Fue sometida Transjordania, y David extendió su dominio sobre los arameos de Siria meridional. Con todo, cuando murió David, hacia el 970, la unidad nacional no estaba verdaderamente consolidada; David era rey de Israel y de Judá y estas dos fracciones se oponían a menudo: la rebelión de Absalón fue sostenida por las gentes del Norte, el benjaminita Seba quiso sublevar al pueblo al grito de «A tus tiendas, Israel». Se presiente ya el cisma.

Estos libros traen un mensaje religioso; exponen las condiciones y las dificultades de un reino de Dios sobre la tierra. El ideal sólo se ha conseguido bajo David; este logro ha sido precedido por el fracaso de Saúl y será seguido por todas las infidelidades de la monarquía, que atraerán la condenación de Dios y provocarán la ruina de la nación. A partir de la profecía de Natán, la esperanza mesiánica se ha alimentado de las promesas hechas a la casa de David. El NT se refiere a ellas tres veces, Hch 2 30, 2 Co 6 18, Hb 1 5. Jesús es descendiente de David, y el nombre de hijo de David que le da el pueblo es el reconocimiento de sus títulos mesiánicos. Los Padres han establecido un paralelo entre la vida de David y la de Jesús, el Cristo, el Ungido, elegido para salvación de todos, rey del pueblo espiritual de Dios y, sin embargo, perseguido por los suyos.

Los libros de los Reyes, como los de Samuel, constituían una sola obra en la Biblia hebrea. Corresponden a los dos últimos libros de los Reinos en la traducción griega, y de los Reyes en la Vulgata.

Son la continuación de los libros de Samuel, y 1 R 1-2 contiene la parte final del gran documento de 2 S 9-20. La larga narración del reinado de Salomón, 1 R 3-11, detalla la excelencia de su sabiduría, el esplendor de sus construcciones, sobre todo del Templo de Jerusalén, y la abundancia de sus riquezas. Es ciertamente una época gloriosa, pero el espíritu conquistador del reino de David ha desaparecido: se conserva, se organiza y, sobre todo, se saca partido de los triunfos de David. Se mantiene la oposición entre las dos fracciones del pueblo, y a la muerte de Salomón, en 931, el reino se divide: las diez tribus del Norte llevan a cabo una secesión agravada por un cisma religioso, 1 R 12-13. La historia paralela de los dos reinos de Israel y Judá se desarrolla de 1 R 14 a 2 R 17: con frecuencia es la historia de las luchas entre estos reinos hermanos, es también la de los asaltos del exterior por parte de Egipto contra Judá y de los arameos por el Norte. El peligro arrecia cuando los ejércitos asirios intervienen en la región, primero en el siglo IX, con más fuerza en el siglo VIII, cuando Samaria cae bajo sus golpes el 721, mientras que Judá se ha declarado ya vasallo. La historia, limitada ya a Judá, prosigue hasta la ruina de Jerusalén el 587 en 2 R 18-25 21. La narración se alarga al tratar de dos reinados, el de Ezequías, 2 R 18-20, y el de Josías, 2 R 22-23, marcados por un despertar nacional y una reforma religiosa. Los grandes acontecimientos políticos son entonces la invasión de Senaquerib bajo Ezequías el 701, en respuesta a la denegación del tributo asirio y, bajo Josías, la ruina de Asiria y la formación del imperio caldeo. Judá hubo de someterse a los nuevos amos de Oriente, pero pronto se rebeló. El castigo no se hizo esperar: el 597, los ejércitos de Nabucodonosor conquistaron Jerusalén y llevaron cautivos a una parte de sus habitantes; diez años después un amago de independencia provocó una segunda intervención de Nabucodonosor, que terminó el 587 con la ruina de Jerusalén y una segunda deportación. Reyes concluye con dos breves apéndices, 2 R 25 22-30.

La obra cita nominalmente tres de sus fuentes, una Historia de Salomón, los Anales de los reyes de Israel y los Anales de los reyes de Judá, pero también existieron otras: además de la parte final del gran documento davidico, 1 R 1-2, una descripción del Templo, de origen sacerdotal, 1 R 6-7, y, sobre todo, una historia de Elías compuesta hacia fines del siglo IX y una historia de Eliseo un poco posterior; estas dos historias forman la base de los ciclos de Elías, 1 R 17 - 2 R 1, y de Eliseo, 2 R 2-13. Los relatos del reinado de Ezequías que presentan en escena a Isaías, 2 R 18 17 - 20 19, provienen de los discípulos de este profeta.

Cuando la utilización de las fuentes no lo impide, los sucesos quedan encerrados en un marco uniforme: se

trata cada reinado como una unidad independiente y completa, su comienzo y su fin se señalan casi con las mismas fórmulas, en las que jamás falta un juicio sobre la conducta religiosa del rey. Se condena a todos los reyes de Israel a causa del pecado original de este reino, la fundación del santuario de Betel; entre los reyes de Judá, ocho solamente son alabados por su fidelidad general a las prescripciones de Yahvé. Pero esta alabanza queda restringida seis veces por la observación de que los altos no desaparecieron; únicamente Ezequías y Josías reciben una aprobación sin reservas.

Estos juicios se inspiran evidentemente en la ley del Deuteronomio sobre la unidad del santuario. Más aún: el descubrimiento del Deuteronomio bajo Josías y la reforma religiosa que inspiró señalan el punto culminante de toda esta historia, y toda la obra es una demostración de la tesis fundamental del Deuteronomio, repetida en 1 R 8 y 2 R 17: si el pueblo observa la alianza concluida con Dios, será bendecido; si la rompe, será castigado. Este influjo deuteronomista se encuentra también en el estilo, siempre que el redactor desarrolla o comenta sus fuentes.

Es probable que una primera redacción deuteronomista fuera hecha antes del Destierro, antes de la muerte de Josías en Meguidó el 609, y la alabanza otorgada a este rey, 2 R 23 25 (menos las últimas palabras) sería la conclusión de la obra primitiva. Una segunda edición, asimismo deuteronomista, se hizo durante el Destierro: después del 562, si se le atribuye el final del libro, 2 R 25 22-30, o algo antes si ponemos su punto final después del relato de la segunda deportación, 2 R 25 21, que tiene trazas de ser una conclusión. Hubo, finalmente, algunas adiciones, durante y después del Destierro.

El esplendor y grandeza de Israel bajo David y Salomón, de los que habla el texto bíblico, es un tema que recientemente ha entrado en un proceso de discusión entre los estudiosos, en la medida en que algunos críticos niegan el valor histórico de los textos, dándoles sólo un sentido de carácter mítico. El reciente descubrimiento arqueológico de la estela de Dan, en la que se cita a los reyes de Judá como descendientes de la "Casa de David", ha supuesto un toque de atención para los más críticos. Igualmente los nuevos análisis que ciertos historiadores han realizado sobre los textos bíblicos parece que obligan a ser muy prudentes a la hora de pretender rechazar por completo su contenido histórico. Se trataría, al parecer, de relatos con verdadero fundamento histórico, aunque de alguna forma mitificados para

dar un mayor relieve y grandeza a la historia del pueblo.

Los libros de los Reyes se han de leer con el espíritu con que fueron escritos, como una historia de salvación: la ingratitude del pueblo elegido, la ruina sucesiva de las dos fracciones de la nación parecen llevar al fracaso el plan de Dios; pero siempre queda, para defender el futuro, un grupo de fieles que no han doblado las rodillas ante Baal, un resto de Sión que guarda la Alianza. La firmeza de las disposiciones divinas se manifiesta en la admirable subsistencia del linaje davídico, depositario de las promesas mesiánicas, y el libro, en su forma definitiva, se cierra con la gracia concedida a Jeconías, como aurora de una redención.

JUECES

EL LIBRO DE LOS JUECES

Primera introducción

NARRACIÓN RESUMIDA DEL ESTABLECIMIENTO EN CANAÁN

Establecimiento de Judá, Simeón, Caleb y los quenitas.

1 ¹ Después de la muerte de Josué, los israelitas hicieron esta consulta a Yahvé: «¿Quién de nosotros subirá el primero a combatir a los cananeos?» ² Yahvé repondió: «Subirá Judá. He puesto el país en sus manos.» ³ Judá dijo a su hermano Simeón: «Sube conmigo al territorio que me ha tocado. Atacaremos al cananeo, y luego yo también iré contigo a tu territorio.» Simeón marchó con él. ⁴ Cuando subió Judá, Yahvé puso en sus manos a los cananeos y a los perizitas. Derrotaron en Bézec a diez mil hombres. ⁵ Como encontraran en Bézec a Adoni Bézec, le atacaron y derrotaron a los cananeos y a los perizitas. ⁶ Aunque Adoni Bézec huyó, le persiguieron, lo capturaron y le cortaron los pulgares de manos y pies. ⁷ Entonces dijo Adoni Bézec: «Setenta reyes, con los pulgares de manos y pies cortados, andaban recogiendo migajas bajo mi mesa. Según lo que yo hice, así me ha pagado Dios.» Lo llevaron a Jerusalén, donde murió. ⁸ (Los de Judá atacaron Jerusalén, la tomaron, la pasaron a cuchillo y prendieron fuego a la ciudad).

⁹ Después, los de Judá bajaron a atacar a los cananeos, que ocupaban la Montaña, el Negueb y la Tierra Baja. ¹⁰ Luego Judá marchó contra los cananeos que habitaban en Hebrón (el nombre de Hebrón era antes Quiriat Arbá) y derrotó a Sesay, Ajimán y Talmay. ¹¹ De allí marchó contra los habitantes de Debir (el nombre de Debir era antes Quiriat Séfer). ¹² Caleb dijo: «Al que derrote a Quiriat Séfer y la tome, le daré mi hija Acsá por mujer.» ¹³ La tomó Otniel, hijo de Quenaz, el hermano menor de Caleb. Y éste le dio su hija Acsá por mujer. ¹⁴ Cuando ella vino donde el marido, le incitó a que pidiera a su padre un campo. Ella se apeó del asno, y Caleb le preguntó: «¿Qué quieres?» ¹⁵ Ella respondió: «Hazme un regalo. Ya que me has dado la tierra del Negueb, dame fuentes de agua.» Y Caleb le dio las fuentes de arriba y las fuentes de abajo.

¹⁶ Los hijos de Jobab el quenita, suegro de Moisés, subieron con los de Judá de la ciudad de las Palmeras al desierto de Judá, que está en el Negueb de Arad, y fueron a habitar con ellos.

¹⁷ Judá acompañó a su hermano Simeón, derrotaron a los cananeos que habitaban en Sefat y consagraron la ciudad al anatema. Por eso la ciudad se llamó Jormá. ¹⁸ Judá se apoderó de Gaza y su comarca, de Ascalón y su comarca, de Ecrón y su comarca. ¹⁹ Yahvé estuvo del lado de Judá, que conquistó la montaña; pero no pudo expulsar a los habitantes del llano, porque tenían carros de hierro.

²⁰ A Caleb le asignaron Hebrón, según el mandato de Moisés; y él arrojó de allí a los tres hijos de Anac. ²¹ Los de Benjamín no expulsaron a los jebuseos que habitaban en Jerusalén; por eso los jebuseos siguen habitando en Jerusalén con los benjaminitas, hasta el día de hoy.

Toma de Betel.

²² También la casa de José subió a Betel. (Yahvé estaba de su lado.) ²³ La casa de José hizo una exploración por Betel. (Antes la ciudad se llamaba Luz.) ²⁴ Los espías vieron a un hombre que salía de la ciudad y le dijeron: «Indícanos la entrada de la ciudad y te lo agradeceremos.» ²⁵ Él les enseñó la entrada de la ciudad: la pasaron a cuchillo, pero dejaron libre a aquel hombre con toda su familia. ²⁶ El hombre se fue al país de los hititas y construyó una ciudad, a la que llamó Luz. Es el nombre que tiene hasta la fecha.

Las tribus septentrionales.

²⁷ Manasés no se apoderó de Betsán y sus filiales, ni de Tanac y sus filiales. No expulsó a los habitantes de Dor y sus filiales, ni a los de Yibleán y sus filiales, ni a los de Meguidó y sus filiales: los cananeos siguieron ocupando el territorio. ²⁸ Sin embargo, cuando Israel cobró más fuerza, sometió a los cananeos a tributo, aunque no llegó a expulsarlos. ²⁹ Tampoco Efraín expulsó a los cananeos que habitaban en Guézer, de manera que éstos siguieron viviendo en Guézer, entre los israelitas. ³⁰ Zabulón no expulsó a los habitantes de Catat, ni a los de Nahalal. Los cananeos se quedaron entre los de Zabulón, pero fueron sometidos a tributo. ³¹ Aser no expulsó a los habitantes de Aco, ni a los de Sidón, de Majaleb, de Aczib, de Jelbá, de Afec, ni de Rejob. ³² Los aseritas se establecieron, pues, entre los cananeos que habitaban en el país, porque no los

expulsaron.³³ Neftalí no expulsó a los habitantes de Bet Semes, ni a los de Bet Anat, así que se estableció entre los cananeos que habitaban en el país; pero los habitantes de Bet Semes y de Bet Anat fueron sus tributarios.³⁴ Los amorreos rechazaron hacia la montaña a los hijos de Dan, sin dejarles bajar a la llanura.³⁵ Los amorreos se mantuvieron en Har Jeres, en Ayalón y en Saalbín, pero luego cargó pesadamente sobre ellos la mano de la casa de José y fueron reducidos a tributo.

³⁶ (La frontera de los edomitas va desde la Cuesta de los Escorpiones, desde la Peña, hacia arriba.)

El Ángel de Yahvé anuncia desgracias a Israel .

2 ¹ El Ángel de Yahvé subió de Guilgal a Betel y dijo: «Yo os hice subir de Egipto y os introduje en la tierra que había prometido con juramento a vuestros padres. Os dije que jamás rompería mi alianza con vosotros,² pero que vosotros no debíais pactar con los habitantes de este país, sino que teníais que destruir sus altares. Pero no habéis escuchado mi voz. ¿Por qué habéis hecho esto? ³ Por eso os digo que no los arrojaré de vuestra presencia; serán vuestros opresores, y sus dioses una trampa para vosotros.» ⁴ Así que el Ángel de Yahvé hubo dicho estas palabras a todos los israelitas, el pueblo se puso a llorar a gritos. ⁵ Llamaron a aquel lugar Bojín, y ofrecieron allí sacrificios a Yahvé.

Segunda introducción

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE EL PERIODO DE LOS JUECES

Fin de la vida de Josué.

⁶ Cuando Josué despidió al pueblo, los israelitas se volvieron cada uno a su heredad, para ocupar la tierra. ⁷ El pueblo sirvió a Yahvé en vida de Josué y de los ancianos que le sobrevivieron y que habían sido testigos de todas las grandes hazañas que Yahvé había hecho a favor de Israel. ⁸ Josué, hijo de Nun, siervo de Yahvé, murió a la edad de ciento diez años. ⁹ Lo enterraron en el término de su heredad, en Timnat Jeres, en la montaña de Efraín, al norte del monte Gaás. ¹⁰ También aquella generación fue a reunirse con sus padres y les sucedió otra generación que no conocía a Yahvé ni lo que había hecho por Israel.

Interpretación religiosa del período de los jueces.

¹¹ Entonces los israelitas hicieron lo que desagradaba a Yahvé, dando culto a los Baales.

¹² Abandonaron a Yahvé, el Dios de sus antepasados, que los había sacado de la tierra de Egipto, y siguieron a otros dioses de los pueblos de alrededor. Se postraron ante ellos e irritaron así a Yahvé; ¹³ abandonaron a Yahvé y dieron culto a Baal y a las Ainicioés. ¹⁴ Entonces se encolerizó Yahvé contra Israel. Los entregó en manos de salteadores que los despojaron, los dejó vendidos en manos de los enemigos de alrededor y no pudieron ya sostenerse ante sus enemigos. ¹⁵ En todas sus campañas la mano de Yahvé intervenía contra ellos para hacerles daño, como Yahvé se lo tenía dicho y jurado. Los puso así en gran aprieto.

¹⁶ Entonces Yahvé hizo surgir jueces que los salvaron de la mano de los que los saqueaban. ¹⁷ Pero tampoco a sus jueces los escuchaban. Se prostituyeron siguiendo a otros dioses y postrándose ante ellos. Se desviaron muy pronto del camino que habían seguido sus padres, que atendían a los mandamientos de Yahvé; no los imitaron. ¹⁸ Cuando Yahvé les suscitaba jueces, Yahvé estaba con el juez y los salvaba de la mano de sus enemigos mientras vivía el juez, porque Yahvé se conmovía de los gemidos que proferían ante los que los maltrataban y oprimían. ¹⁹ Pero cuando moría el juez, volvían a corromperse más todavía que sus padres, yéndose tras de otros dioses, dándoles culto y postrándose ante ellos, sin renunciar en nada a las prácticas y a la conducta obstinada de sus padres.

Razón de la permanencia de las naciones extranjeras.

²⁰ Se encolerizó Yahvé contra el pueblo de Israel y dijo: «Ya que este pueblo ha quebrantado la alianza que prescribí a sus antepasados y no ha escuchado mi voz, ²¹ tampoco yo arrojaré en adelante de su presencia a ninguno de los pueblos que dejó Josué cuando murió.» ²² Era para probar con ellos a Israel, a ver si seguían o no los caminos de Yahvé, como los habían seguido sus antepasados. ²³ Yahvé dejó en paz a estos pueblos, en vez de expulsarlos enseguida, y no los entregó en manos de Josué.

3 ¹ Éstos son los pueblos que Yahvé dejó subsistir para probar con ellos a Israel, a cuantos no habían conocido ninguna de las guerras de

JUECES

Canaán ² (era sólo para que aprendieran las generaciones de los israelitas, para enseñarles el arte de la guerra; por lo menos los que antes no lo habían conocido): ³ los cinco príncipes de los filisteos y todos los cananeos, los sidonios y los hititas que vivían en el monte Líbano, desde la montaña de Baal Hermón hasta la entrada de Jamat. ⁴ Sirvieron para probar con ellos a Israel, a ver si guardaban los mandamientos que Yahvé había prescrito a sus padres por medio de Moisés. ⁵ Así que los israelitas habitaron en medio de los cananeos, hititas, amorreos, perizitas, jivitas y jebuseos; ⁶ se casaron con sus hijas, dieron sus propias hijas a los hijos de aquéllos y dieron culto a sus dioses.

Historia de los Jueces

1. OTNIEL

⁷ Los israelitas hicieron lo que desagradaba a Yahvé. Se olvidaron de Yahvé su Dios y dieron culto a los Baales y a las Aserás. ⁸ Se encolerizó Yahvé contra Israel y los dejó a merced de Cusán Risetáin, rey de Edom, a quien los israelitas estuvieron sometidos durante ocho años.

⁹ Los israelitas clamaron a Yahvé, que suscitó a los israelitas un libertador que los salvó: Otniel, hijo de Quenaz y hermano menor de Caleb. ¹⁰ El espíritu de Yahvé vino sobre él, fue juez de Israel y salió a la guerra. Yahvé entregó en sus manos a Cusán Risetáin, rey de Edom, y triunfó sobre él. ¹¹ El país quedó tranquilo cuarenta años. Y murió Otniel, hijo de Quenaz.

2. EHÚD

¹² Los israelitas volvieron a hacer lo que desagradaba a Yahvé. Entonces Yahvé fortaleció a Eglón, rey de Moab, más que a Israel, porque hacían lo que desagradaba a Yahvé. ¹³ A Eglón se le juntaron los amonitas y los amalecitas. Salió, derrotó a Israel y tomó la ciudad de las Palmeras. ¹⁴ Los israelitas estuvieron sometidos a Eglón, rey de Moab, dieciocho años.

¹⁵ Entonces los israelitas clamaron a Yahvé, que les suscitó un libertador: Ehúd, hijo de Guerá, benjaminita, que era zurdo. Los israelitas le encargaron de llevar el tributo a Eglón, rey de Moab. ¹⁶ Ehúd se hizo un puñal de dos filos, de un codo de largo, se lo ciñó debajo de la ropa sobre el muslo derecho ¹⁷ y fue a presentar el tributo a Eglón, rey de Moab. Eglón era un hombre muy obeso. ¹⁸ En cuanto terminó de

presentar el tributo, Ehúd mandó a la gente que había llevado el tributo que siguieran adelante; ¹⁹ pero él, al llegar a los Ídolos que hay en la región de Guilgal, volvió donde Eglón y le dijo: «Tengo un mensaje secreto para ti, ¡oh rey!» El rey respondió: «¡Silencio!» —y salieron de su presencia todos los que estaban con él—. ²⁰ Ehúd se le acercó. El rey estaba sentado en su galería fresca particular. Ehúd le dijo: «Tengo una palabra de Dios para ti.» El rey se levantó de su silla. ²¹ Entonces Ehúd alargó su mano izquierda, cogió el puñal de su cadera derecha y se lo hundió en el vientre. ²² Detrás de la hoja entró hasta el mango, y la grasa se cerró sobre la hoja, pues Ehúd no le sacó el puñal del vientre. Luego escapó por la ventana. ²³ Ehúd salió por la galería, cerró tras de sí las puertas y echó el cerrojo.

²⁴ Después de irse, llegaron los criados y, al ver que las puertas de la galería tenían echado el cerrojo, se dijeron para sí: «Sin duda se está cubriendo los pies en el aposento de la galería fresca.» ²⁵ Estuvieron esperando hasta quedar desconcertados, porque no acababan de abrirse las puertas de la galería. Por fin, cogieron la llave y abrieron. Su señor yacía en tierra, muerto.

²⁶ Mientras esperaban, Ehúd había huido: había pasado los ídolos y se había puesto a salvo en Seirá. ²⁷ En cuanto llegó, tocó el cuerno en la montaña de Efraín y los israelitas bajaron con él de la montaña. Él se puso al frente de ellos, ²⁸ y les dijo: «Seguidme, porque Yahvé ha entregado a Moab, vuestro enemigo, en vuestras manos.» Bajaron tras él, cortaron a Moab los vados del Jordán y no dejaron pasar a nadie. ²⁹ Derrotaron en aquella ocasión a los de Moab: unos diez mil hombres, todos fuertes y valientes. No escapó ni uno. ³⁰ Aquel día fue humillado Moab bajo la mano de Israel, y el país quedó tranquilo ochenta años.

3. SANGAR

³¹ Después de él vino Sangar, hijo de Anat. Derrotó a los filisteos, que eran seiscientos hombres, con una aguijada de bueyes. Él también salvó a Israel.

4. DÉBORA Y BARAC

Israel oprimido por los cananeos.

⁴ ¹ Cuando murió Ehúd, los israelitas volvieron a hacer lo que desagradaba a Yahvé, ² que los dejó

a merced de Yabín, rey de Canaán, que reinaba en Jasor. El jefe de su ejército era Sísara, que habitaba en Jaróset Hagoin.

³ Entonces los israelitas clamaron a Yahvé, porque Yabín tenía novecientos carros de hierro y había oprimido duramente a los israelitas durante veinte años.

Débora.

⁴ Por aquel entonces, Débora, una profetisa, mujer de Lapidot, era juez en Israel. ⁵ Solía instalarse bajo la palmera de Débora, entre Ramá y Betel, en la montaña de Efraín; y los israelitas acudían donde ella en busca de justicia. ⁶ Débora mandó llamar a Barac, hijo de Abinoán, de Cades de Neftalí, y le dijo: «¿No te ha dado Yahvé, Dios de Israel, la orden de que reclutes y tomes contigo en el monte Tabor a diez mil hombres de las tribus de Neftalí y de Zabulón, ⁷ que yo atraeré hacia ti al torrente Quisón a Sísara, jefe del ejército de Yabín, con sus carros y sus tropas, y los entregaré en tus manos?» ⁸ Barac le respondió: «Iré a condición de que tú vengas conmigo. Pero, si no me acompañas, no iré, porque no sé en qué día me dará la victoria el Ángel de Yahvé.» ⁹ «Iré contigo», dijo ella, «sólo que entonces no será tuya la gloria de la campaña que vas a emprender, porque Yahvé entregará a Sísara en manos de una mujer.» Débora se puso en marcha con Barac hacia Cades. ¹⁰ Y Barac convocó en Cades a los de Zabulón y Neftalí. Subieron tras él diez mil hombres, y Débora subió con él.

Jéber el quenita.

¹¹ Jéber, el quenita, se había separado de la tribu de Caín y del clan de Jobab, el suegro de Moisés; y había plantado su tienda cerca de la Encina de Saananín, cerca de Cades.

Derrota de Sísara.

¹² Le comunicaron a Sísara que Barac, hijo de Abinoán, había subido al monte Tabor. ¹³ Reunió entonces Sísara todos sus carros y todas las tropas que tenía, y las llevó de Jaróset Hagoin al Torrente de Quisón. ¹⁴ Débora dijo a Barac: «Prepárate, porque éste es el día en que Yahvé ha dispuesto poner a Sísara en tus manos. Ya sabes que Yahvé marcha delante de ti.» Barac bajó del monte Tabor seguido de los diez mil hombres. ¹⁵ Yahvé sembró el pánico en Sísara,

en todos sus carros y en todo su ejército ante Barac. Sísara bajó de su carro y huyó a pie. ¹⁶ Barac persiguió a los carros y al ejército hasta Jaróset Hagoin. Todo el ejército de Sísara cayó a filo de espada: no quedó ni uno.

Muerte de Sísara.

¹⁷ Pero Sísara había huido a pie hacia la tienda de Yael, mujer de Jéber el quenita, porque reinaba la paz entre Yabín, rey de Jasor, y el clan de Jéber el quenita. ¹⁸ Yael salió al encuentro de Sísara y le dijo: «Entra, señor, entra en mi casa. No temas.» Sísara entró en su tienda y ella lo tapó con un cobertor. ¹⁹ Él le dijo: «Por favor, dame de beber un poco de agua, porque tengo sed.» Ella abrió el odre de la leche, le dio de beber y lo volvió a tapar. ²⁰ Él le dijo: «Quédate a la entrada de la tienda, y si alguno viene y te pregunta a ver si hay alguien aquí, respóndele que no.» ²¹ Pero Yael, mujer de Jéber, cogió una clavija de la tienda, tomó el martillo en su mano, se le acercó callando y le hincó la clavija en la sien hasta clavarla en tierra. Él estaba profundamente dormido, agotado de cansancio; y murió. ²² Cuando llegó Barac persiguiendo a Sísara, Yael salió a su encuentro y le dijo: «Ven, que te voy a mostrar al hombre que buscas.» Al entrar donde ella, vio que Sísara yacía muerto con la clavija en la sien.

La liberación de Israel.

²³ Así humilló Dios aquel día a Yabín, rey de Canaán, ante los israelitas. ²⁴ La mano de los israelitas fue haciéndose cada vez más pesada sobre Yabín, rey de Canaán, hasta que acabaron con Yabín, rey de Canaán.

CÁNTICO DE DÉBORA Y BARAC

⁵ ¹ Aquel día, Débora y Barac, hijo de Abinoán, entonaron este cántico: ² Cuando Israel se suelta la cabellera, cuando el pueblo se ofrece voluntario, ¡benedicid a Yahvé! ³ ¡Escuchad, reyes! ¡Prestad oídos, príncipes! A Yahvé voy a cantar. Tocaré el salterio para Yahvé, Dios de Israel. ⁴ Cuando saliste de Seír, Yahvé, cuando avanzaste por los campos de Edom, tembló la tierra, gotearon los cielos, las nubes en agua se fundieron. ⁵ Los montes se licuaron delante de Yahvé, el del Sinaí, delante de Yahvé, el Dios de Israel.

JUECES

⁶ En los días de Sangar, hijo de Anat, en los días de Yael, no había caravanas; los que hollaban calzadas marchaban por senderos desviados.

⁷ Vacíos en Israel quedaron los poblados,
vacíos hasta tu despertar, oh Débora,
hasta tu despertar, oh madre de Israel.

⁸ Se elegían dioses nuevos;
la guerra les llegaba hasta las puertas;
¡ni un escudo se ve ni una lanza
para cuarenta mil en Israel!

⁹ Mi corazón con los jefes de Israel,
con los voluntarios del pueblo.
¡Benedicid a Yahvé!

¹⁰ Los que cabalgáis en blancas asnas,
los que os sentáis sobre tapices,
los que vais por el camino, cantad,

¹¹ al clamor de los pregoneros del botín,
junto a los abrevaderos.
Allí se cantan los favores de Yahvé,
los favores a sus poblados de Israel.

(Entonces el pueblo de Yahvé bajó a las puertas).

¹² ¡Despierta, Débora, despierta!
¡Despierta, despierta, entona un cantar!
¡Ánimo! ¡Arriba, Barac!
¡Apresa a los que te apresaron, hijo de Abinoán!

¹³ Entonces Israel bajó a las puertas,
el pueblo de Yahvé bajó por él,

como un héroe.

¹⁴ Los principales de Efraín en el valle.

Detrás de ti Benjamín entre tu gente.
De Maquir han bajado capitanes,
de Zabulón los que manejan cetro.

¹⁵ Los jefes de Isacar están con Débora,
y Neftalí, con Barac, en la llanura,
lanzado tras sus huellas.

En los arroyos de Rubén,
grandes son las intenciones.

¹⁶ ¿Por qué te has quedado en los corrales,
escuchando los silbidos entre los rebaños?
(En los arroyos de Rubén,
grandes son las intenciones.)

¹⁷ Allende el Jordán, Galaad se queda,
y Dan, ¿por qué vive en naves extranjeras?
Aser se ha quedado a orillas del mar,
tranquilo en sus puertos mora.

¹⁸ Zabulón es un pueblo que reta a la muerte,
y Neftalí, en las alturas del país.

¹⁹ Vinieron los reyes, combatieron,
combatieron entonces los reyes de Canaán,
en Tanac, en las aguas de Meguidó,
mas no lograron botín de plata.

²⁰ Desde los cielos combatieron las estrellas,
desde sus órbitas combatieron contra Sísara.

²¹ El torrente Quisón los barrió,
 ¡el viejo torrente, el torrente Quisón!
 ¡Avanza, alma mía, con denuedo!

²² Cascos de caballos sacuden el suelo:
 ¡galopan, galopan sus corceles!

²³ Maldecid a Meroz, dice el Ángel de Yahvé,
 maldecid, maldecid a sus moradores:
 pues no vinieron en ayuda de Yahvé,
 en ayuda de Yahvé como los héroes.

²⁴ ¡Bendita entre las mujeres Yael
 (mujer de Jéber el quenita),
 entre las mujeres que habitan en tiendas, bendita
 sea!

²⁵ Pedía agua, le dio leche,
 en la copa de los nobles le ofreció nata.

²⁶ Tendió su mano a la clavija,
 la diestra al martillo de los carpinteros.
 Hirió a Sísara, le partió la cabeza,
 le golpeó y le partió la sien;

²⁷ a sus pies se desplomó, cayó, durmió,
 a sus pies se desplomó, cayó;
 donde se desplomó, allí cayó, deshecho.

²⁸ A la ventana se asoma y atisba
 la madre de Sísara, por las celosías:
 «¿Por qué tarda en llegar su carro?;
 ¿por qué se retrasa el galopar de su carroza?»

²⁹ La más discreta de sus princesas le responde;
 ella se lo repite a sí misma:
³⁰ «¡Será que han cogido botín y lo reparten:
 una doncella, dos doncellas para cada guerrero;
 botín de paños de colores para Sísara,
 botín de paños de colores;
 un manto, dos mantos bordados para mi cuello!»

³¹ Así perezcan todos tus enemigos, ¡oh Yahvé!
 ¡Y sean los que te aman como el sol
 cuando sale en todo su fulgor!
 Y el país quedó tranquilo cuarenta años.

5. GEDEÓN Y ABIMÉLEC

A. VOCACIÓN DE GEDEÓN

Israel oprimido por los madianitas.

⁶ ¹ Los israelitas hicieron lo que desagradaba a Yahvé, que los entregó durante siete años en manos de Madián. ² Y la mano de Madián cargó pesadamente sobre Israel. Para escapar de Madián, los israelitas se valieron de las hendiduras de las montañas, de las cuevas y de las cumbres escarpadas. ³ Cuando sembraba Israel, venían los madianitas, con los amalecitas y los hijos de Oriente: subían contra Israel, ⁴ acampaban en sus tierras y devastaban los productos de la tierra hasta la entrada de Gaza. No dejaban víveres en Israel: ni ovejas, ni bueyes, ni asnos, ⁵ porque subían numerosos como langostas, con sus ganados y sus tiendas. Ellos y sus camellos eran innumerables; invadían el país y lo saqueaban. ⁶ Así Madián redujo a Israel a una gran miseria. Entonces los israelitas clamaron a Yahvé.

Intervención de un profeta.

⁷ Cuando los israelitas clamaron a Yahvé por causa de los madianitas, ⁸ Yahvé les envió un profeta que les dijo: «Así habla Yahvé, Dios de Israel: Yo os hice subir de Egipto y os saqué de la

JUECES

casa de servidumbre.⁹ Os libré de la mano de los egipcios y de todos los que os oprimían. Los arrojé de delante de vosotros, os di su tierra,¹⁰ y os dije: Yo soy Yahvé, vuestro Dios. No veneréis a los dioses de los amorreos, en cuya tierra habitáis. Pero no habéis escuchado mi voz.»

Aparición del Ángel de Yahvé a Gedeón.

¹¹ Vino el Ángel de Yahvé y se sentó bajo el terebinto de Ofrá, que pertenecía a Joás de Abiezer. Estando su hijo Gedeón majando trigo en el lagar para ocultárselo a Madián,¹² se le apareció el Ángel de Yahvé y le dijo: «Yahvé contigo, valiente guerrero.»¹³ Contestó Gedeón: «Perdón, señor mío. Si Yahvé está con nosotros, ¿por qué nos ocurre todo esto? ¿Dónde están todos esos prodigios que nos cuentan nuestros padres, cuando dicen que Yahvé nos hizo subir de Egipto? Pues ahora resulta que Yahvé nos ha abandonado, nos ha entregado en manos de Madián...»

¹⁴ Entonces Yahvé se volvió hacia él y dijo: «Vete, que con esa fuerza que tienes salvarás a Israel de la mano de los madianitas. ¿No soy yo el que te envía?»¹⁵ Le respondió Gedeón: «Perdón, señor mío, ¿cómo voy a salvar yo a Israel? Mi clan es el más pobre de Manasés, y yo el último de mi familia.»¹⁶ Yahvé le respondió: «Yo estaré contigo y derrotarás a Madián como si fuera un hombre solo.»¹⁷ Gedeón le dijo: «Si es cierto que estás de mi parte, dame una señal de que eres tú el que me hablas.»¹⁸ No te marches de aquí, por favor, hasta que vuelva donde ti. Te traeré mi ofrenda y la pondré delante de ti.» Él respondió: «Me quedaré hasta que vuelvas.»

¹⁹ Gedeón se fue, preparó un cabrito y con una medida de harina hizo unas tortas ázimas; puso la carne en un canastillo y el caldo en una olla, y lo llevó bajo el terebinto. Cuando se acercaba,²⁰ le dijo el Ángel de Yahvé: «Toma la carne y las tortas ázimas, ponlas sobre esa roca y vierte el caldo.» Gedeón lo hizo así.²¹ Entonces el Ángel de Yahvé extendió la punta del bastón que tenía en la mano y tocó la carne y las tortas ázimas. Entonces salió fuego de la roca, que consumió la carne y las tortas ázimas. Y el Ángel de Yahvé desapareció de su vista.²² Al darse cuenta Gedeón de que era el Ángel de Yahvé, exclamó: «¡Ay, mi señor Yahvé, que he visto al Ángel de Yahvé cara a cara!»²³ Yahvé le dijo: «La paz sea contigo. No temas, no morirás.»²⁴ Gedeón levantó en aquel lugar un altar a Yahvé y lo llamó Yahvé-Paz. Todavía hoy está en Ofrá de Abiezer.

Gedeón contra Baal.

²⁵ Pero aquella misma noche Yahvé dijo a Gedeón: «Toma el toro de tu padre, el toro de siete años, y ve a derribar el altar de Baal, propiedad de tu padre, y a cortar el cipo que está junto a él.»²⁶ Luego construirás a Yahvé tu Dios, en la cima de esa altura escarpada, un altar bien dispuesto. Tomarás el toro y lo quemarás en holocausto, con la leña del cipo que cortes.»²⁷ Gedeón tomó entonces diez hombres de entre sus criados e hizo como Yahvé le había ordenado. Pero, como temía a su familia y a la gente de la ciudad, en lugar de hacerlo de día, lo hizo de noche.²⁸ A la mañana siguiente, cuando la gente de la ciudad se levantó, vieron que el altar de Baal estaba derruido y el cipo que se alzaba junto a él, cortado; y que el toro había sido ofrecido en holocausto sobre el altar recién construido.²⁹ Entonces se dijeron unos a otros: «¿Quién habrá hecho esto?» Tras indagar y averiguar dijeron: «Ha sido Gedeón, hijo de Joás, el que lo ha hecho.»³⁰ La gente de la ciudad dijo entonces a Joás: «Haz salir a tu hijo, pues debe morir. Ha derruido el altar de Baal y cortado el cipo que se alzaba a su lado.»³¹ Joás respondió a todos los que tenía delante: «¿Es que vosotros vais a salir en defensa de Baal? ¿Vosotros lo vais a salvar? (El que defienda a Baal, será muerto antes del amanecer.) Si es dios, que se defienda, ya que se le ha destruido el altar.»³² Aquel día se llamó a Gedeón Yerubaal, porque decían: «¡Que Baal se defienda, pues se le ha destruido el altar!»

Llamamiento a las armas.

³³ Todos los madianitas, los amalecitas y los hijos de Oriente se juntaron, pasaron el Jordán y acamparon en la llanura de Yizreel.³⁴ El espíritu de Yahvé revistió a Gedeón; tocó el cuerno y Abiezer se reunió con él.³⁵ Envío mensajeros por todo el territorio de Manasés, que se reunió también con él. Envío asimismo mensajeros por Aser, Zabulón y Neftalí, y le salieron al encuentro.

La prueba del vellón.

³⁶ Gedeón dijo a Dios: «Para saber si verdaderamente vas a salvar por mi mano a Israel, como has dicho,³⁷ voy a tender un vellón sobre la era; si hay rocío solamente sobre el vellón y todo el suelo queda seco, sabré que tú salvarás a Israel por mi mano, como has prometido.»³⁸ Así sucedió. Gedeón se levantó de madrugada, estrujó el vellón y exprimió su rocío:

una vasija llena de agua.³⁹ Gedeón dijo a Dios: «No te irrites contra mí si me atrevo a hablar de nuevo. Por favor, quisiera hacer por última vez la prueba con el vellón: que quede seco sólo el vellón y que haya rocío por todo el suelo.»⁴⁰ Y Dios lo hizo así aquella noche: quedó seco solamente el vellón y por todo el suelo había rocío.

B. LA CAMPAÑA DE GEDEÓN AL OESTE DEL JORDÁN

Yahvé reduce el ejército de Gedeón .

7 ¹ Yerubaal (o sea Gedeón) madrugó y, acompañado de sus tropas, acampó junto a En Jarod. El campamento de Madián quedaba al norte del suyo, al pie de la colina de Moré, en el valle.² Yahvé dijo a Gedeón: «Los hombres que te acompañan son demasiado numerosos como para que yo entregue a Madián en sus manos. A ver si Israel se va a enorgullecer de ello a mi costa diciendo: ¡Mi propia mano me ha salvado!³ Así que pregona esto a oídos del pueblo: El que tenga miedo y tiemble, que se vuelva y mire desde el monte Gelboé.» Veintidós mil hombres de la tropa se volvieron y quedaron diez mil.

⁴ Yahvé dijo a Gedeón: «Hay todavía demasiada gente; hazles bajar al agua y allí te los pondré a prueba. Aquél de quien te diga que vaya contigo, ése te acompaña; y aquél de quien te diga que no vaya contigo, ése no ha de ir.»⁵ Gedeón hizo bajar la gente al agua y Yahvé le dijo: «A todos los que lamieren el agua con la lengua, como lame un perro, los pondrás a un lado, y a todos los que se arrodillen para beber, los pondrás al otro.»⁶ Trescientos hombres lamieron el agua (llevándola con las manos a la boca); el resto de la tropa se había arrodillado para beber.⁷ Entonces Yahvé dijo a Gedeón: «Con los trescientos hombres que han lamido el agua os salvaré, y entregaré a Madián en tus manos. Que todos los demás vuelvan a sus respectivas casas.»⁸ Tomaron en sus manos las provisiones de la tropa y sus cuernos. Gedeón se quedó sólo con los trescientos hombres; al resto de los israelitas los envió a sus respectivas tiendas. El campamento de Madián estaba debajo del suyo, en el valle.

Presagio de victoria.

⁹ Aquella noche le dijo Yahvé: «Ponte en marcha y baja al campamento, porque lo he puesto en tus

manos.¹⁰ No obstante, si temes bajar, ve primero con tu criado Purá¹¹ y escucha lo que dicen. Seguro que se fortalecerá tu mano con ello y luego bajarás a atacar al campamento. Bajó, pues, con su criado Purá hasta la extremidad de las avanzadillas del campamento.

¹² Los madianitas, los amalecitas y todos los hijos de Oriente habían caído sobre el valle, numerosos como langostas. Sus camellos eran incontables, como la arena de la orilla del mar.¹³ Se acercó Gedeón y oyó que un hombre contaba un sueño a su vecino; decía: «He tenido un sueño: una hogaza de pan de cebada rodaba por el campamento de Madián, llegaba hasta la tienda, chocaba contra ella y la volcaba, quedando lo de arriba abajo.»¹⁴ Su vecino le respondió: «Esto no puede significar más que la espada de Gedeón, hijo de Joás, el israelita. Dios ha entregado en sus manos a Madián y a todo el campamento.»¹⁵ Cuando Gedeón oyó la narración del sueño y su explicación, se postró, volvió al campamento de Israel y dijo: «¡En marcha!, porque Yahvé ha puesto en vuestras manos el campamento de Madián.»

Ataque por sorpresa.

¹⁶ Gedeón dividió a los trescientos hombres en tres cuerpos. Les dio a todos cuernos y cántaros vacíos, con antorchas dentro de los cántaros.¹⁷ Les dijo: «Fijaos en mí y haced lo mismo que yo. Cuando llegue yo al extremo del campamento, haced vosotros lo que me veáis hacer.»¹⁸ Cuando yo y todos mis compañeros toquemos los cuernos, los tocaréis vosotros también, alrededor del campamento, y gritaréis: ¡Por Yahvé y por Gedeón!»

¹⁹ Gedeón y los cien hombres que le acompañaban llegaron al extremo del campamento al comienzo de la guardia de la medianoche, cuando acababan de hacer el relevo de los centinelas. Tocarón los cuernos y rompieron los cántaros que llevaban en la mano.²⁰ Entonces los tres cuerpos del ejército tocaron a su vez los cuernos y rompieron los cántaros (llevaban en la izquierda las antorchas y en la derecha los cuernos para poder tocarlos), y gritaron: «¡La espada por Yahvé y por Gedeón!»²¹ Y se quedaron quietos, cada uno en su lugar alrededor del campamento. Todo el campamento se despertó y, lanzando alaridos, se dieron a la fuga.²² Mientras los trescientos tocaban los cuernos, Yahvé volvió la espada de cada uno contra su compañero por todo el campamento. La

JUECES

tropa huyó hasta Bet Hasitá, hacia Sartán, hasta la orilla de Abel Mejolá, frente a Tabat.

La persecución.

²³ Los hombres de Israel, de Neftalí, de Aser y de todo Manasés se reunieron y persiguieron a Madián. ²⁴ Gedeón envió mensajeros por toda la montaña de Efraín con este encargo: «Bajad al encuentro de los madianitas y cortadles los vados hasta Bet Bará y el Jordán.» Se reunieron todos los hombres de Efraín y ocuparon los vados hasta Bet Bará y el Jordán. ²⁵ Hicieron prisioneros a los dos jefes de Madián: Oreb y Zeeb. Mataron a Oreb en la Peña de Oreb y a Zeeb en el Lagar de Zeeb. Persiguieron a Madián y llevaron a Gedeón, al otro lado del Jordán, las cabezas de Oreb y Zeeb.

Quejas de los efrainitas .

⁸ ¹ La gente de Efraín dijo a Gedeón: «¿Por qué has hecho esto con nosotros, no convocándonos cuando has ido a combatir a Madián?» Y discutieron con él violentamente. ² Él les respondió: «¿Qué he hecho yo en comparación de lo que habéis hecho vosotros? ¿No vale más el rebusco de Efraín que la vendimia de Abiezer? ³ Dios ha entregado a los jefes de Madián, a Oreb y a Zeeb, en vuestras manos. ¿Qué he podido hacer yo en comparación con vosotros?» Con estas palabras que les dijo, se calmó su animosidad contra él.

C. LA CAMPAÑA DE GEDEÓN EN TRANSJORDANIA Y MUERTE DE GEDEÓN

Gedeón persigue al enemigo más allá del Jordán.

⁴ Gedeón llegó al Jordán y lo cruzó; pero él y los trescientos hombres que tenía consigo estaban agotados por la persecución. ⁵ Dijo, pues, a la gente de Sucot: «Dad, por favor, unas tortas de pan a la tropa que me sigue, porque está agotada, y voy persiguiendo a Zébaj y a Salmuná, reyes de Madián.» ⁶ Pero los jefes de Sucot respondieron: «¿Acaso tienes ya sujetas las manos de Zébaj y Salmuná para que demos pan a tu ejército?» ⁷ Gedeón les respondió: «De acuerdo. Pero cuando Yahvé haya entregado en mis manos a Zébaj y a Salmuná, os desgarraré las carnes con espinas del desierto y con cardos.» ⁸ De allí subió a Penuel y les habló de igual manera. Pero la gente de Penuel le respondió como lo había hecho la gente de Sucot.

⁹ Él dijo entonces a los de Penuel: «Cuando vuelva vencedor, derribaré esa torre.»

Derrota de Zébaj y Salmuná.

¹⁰ Zébaj y Salmuná estaban en Carcor con su ejército. Eran unos quince mil hombres, todos los que habían quedado del ejército de los hijos de Oriente. Habían caído ciento veinte mil guerreros. ¹¹ Gedeón subió por el camino de los que habitan en tiendas, al este de Nóbaj y de Yogboá, y derrotó al ejército, cuando se creían ya seguros. ¹² Zébaj y Salmuná huyeron, pero él los persiguió y consiguió hacerlos prisioneros. Y destruyó todo el ejército.

La venganza de Gedeón.

¹³ Después de la batalla, Gedeón, hijo de Joás, volvió por la pendiente de Jeres. ¹⁴ Tras detener a un joven de la gente de Sucot, le interrogó, y él le dio por escrito los nombres de los jefes de Sucot y de los ancianos: setenta y siete hombres. ¹⁵ Gedeón se dirigió entonces a la gente de Sucot y dijo: «Aquí tenéis a Zébaj y Salmuná, a propósito de los cuales me injuriasteis diciendo: ¿Acaso tienes ya sujetas las manos de Zébaj y Salmuná para que demos pan a tus tropas agotadas?» ¹⁶ Tomó entonces a los ancianos de la ciudad y, cogiendo espinas del desierto y cardos, desgarró las carnes de los hombres de Sucot. ¹⁷ Derribó la torre de Penuel y mató a los habitantes de la ciudad. ¹⁸ Luego preguntó a Zébaj y Salmuná: «¿Cómo eran los hombres que matasteis en el Tabor?» Ellos respondieron: «Se parecían a ti; cualquiera de ellos tenía el aspecto de un príncipe.» ¹⁹ Gedeón les dijo: «Eran mis hermanos, hijos de mi madre. ¡Por vida de Yahvé que, si los hubieseis dejado vivos, no os mataría!» ²⁰ Entonces ordenó a Yéter, su hijo mayor: «¡Venga! ¡Mátalos!» Pero el muchacho no desenvainó la espada. No se atrevía, porque era todavía muy joven. ²¹ Zébaj y Salmuná dijeron entonces: «Anda, mátanos tú, porque según es el hombre es su valentía.» Gedeón se levantó, mató a Zébaj y a Salmuná y tomó las lunetas que sus camellos llevaban al cuello.

Gedeón. Fin de su vida.

²² Los hombres de Israel dijeron a Gedeón: «Reina sobre nosotros, y después tu hijo y tu nieto, pues nos has salvado de la mano de Madián.» ²³ Pero Gedeón les respondió: «No seré yo el que reine sobre vosotros, ni mi hijo; Yahvé será vuestro rey.» ²⁴ Y añadió: «Os voy a pedir

una cosa: que cada uno me dé un anillo de su botín.» (Porque los vencidos tenían anillos de oro, pues eran ismaelitas.)²⁵ Respondieron ellos: «Te los damos con mucho gusto.» Extendió él su manto y cada uno de ellos echó en él un anillo de su botín.²⁶ El peso de los anillos de oro que les había pedido resultó ser de mil setecientos siclos de oro, sin contar las lunetas, los pendientes y los vestidos de púrpura que llevaban los reyes de Madián, ni tampoco los collares que pendían del cuello de sus camellos.²⁷ Gedeón hizo con todo ello un efod, que colocó en su ciudad, en Ofrá. Pero todo Israel se prostituyó allí tras él y vino a ser una trampa para Gedeón y su familia.

²⁸ Allí fue humillado Madián a manos de los israelitas, y no volvió a levantar cabeza. El país estuvo tranquilo cuarenta años, mientras vivió Gedeón.²⁹ Se fue, pues, Yerubaal, hijo de Joás, y se quedó en su casa.³⁰ Gedeón tuvo setenta hijos propios, pues tenía muchas mujeres.³¹ Y la concubina que tenía en Siquén le dio a luz también un hijo, a quien puso por nombre Abimélec.³² Gedeón, hijo de Joás, murió después de una dichosa vejez y fue enterrado en la tumba de su padre Joás, en Ofrá de Abiezer.

Recaída de Israel.

³³ Después de la muerte de Gedeón, los israelitas volvieron a prostituirse ante los Baales y tomaron por dios a Baal Berit.³⁴ Los israelitas olvidaron a Yahvé su Dios, que los había librado de la mano de todos los enemigos de alrededor.³⁵ No fueron agradecidos con la casa de Yerubaal-Gedeón, a pesar de todo el bien que había hecho a Israel.

D. EL REINADO DE ABIMÉLEC

Abimélec, rey.

⁹ ¹ Abimélec, hijo de Yerubaal, marchó a Siquén, donde sus hermanos maternos, y les dijo a ellos y a todo el clan de la familia de su madre:² «Decid esto, por favor, a oídos de todos los señores de Siquén: ¿Qué es mejor para vosotros, que os estén mandando setenta hombres, todos los hijos de Yerubaal, o que os mande uno solo? Recordad además que yo soy de vuestros huesos y de vuestra carne.»³ Sus hermanos maternos hablaron de él en los mismos términos a todos los señores de Siquén, y su corazón se inclinó hacia Abimélec, porque se decían: «Es nuestro hermano.»⁴ Le dieron setenta siclos de plata del templo de Baal Berit, con los que Abimélec

contrató a hombres miserables y vagabundos, que se fueron con él.⁵ Fue entonces a casa de su padre, en Ofrá, y mató a sus setenta hermanos varones, los hijos de Yerubaal, sobre una misma piedra. Sólo escapó Jotán, el hijo menor de Yerubaal, porque se escondió.⁶ Luego se reunieron todos los señores de Siquén y todo Bet Miló, y fueron y proclamaron rey a Abimélec junto al Terebinto de la estela que hay en Siquén.

Apólogo de Jotán.

⁷ Se lo anunciaron a Jotán, quien se colocó en la cumbre del monte Garizín, alzó la voz y clamó:

«Escuchadme, señores de Siquén,

y que Dios os escuche.

⁸ *Los árboles se propusieron*

ungir a uno como su rey.

Dijeron al olivo: Sé tú nuestro rey.

⁹ *Les respondió el olivo:*

¿Voy a renunciar a mi aceite,

con el que son honrados los dioses y los hombres,

para ir a mecirme por encima de los árboles?

¹⁰ *Los árboles dijeron a la higuera:*

Ven tú, reina sobre nosotros.

¹¹ *Les respondió la higuera:*

¿Voy a renunciar a mi dulzura

y a mi sabroso fruto,

para ir a mecirme por encima de los árboles?

¹² *Los árboles dijeron a la vid:*

Ven tú, reina sobre nosotros.

¹³ *Les respondió la vid:*

JUECES

*¿Voy a renunciar a mi mosto,
que alegra a los dioses y a los hombres,
para ir a mecirme por encima de los árboles?*

¹⁴ *Todos los árboles dijeron a la zarza:*

Ven tú, reina sobre nosotros.

¹⁵ *La zarza respondió a los árboles:*

Si con sinceridad venís a ungirme a mí para reinar sobre vosotros,

llegad y cobijaos a mi sombra.

Y si no es así, brote fuego de la zarza y devore los cedros del Líbano.

¹⁶ «Ahora pues, ¿creéis haber obrado con sinceridad y lealtad al elegir rey a Abimélec? ¿Os habéis portado bien con Yerubaal y su familia y le habéis tratado según el mérito de sus manos? ¹⁷ Mi padre combatió por vosotros, arriesgó su vida, os libró de la mano de Madián; ¹⁸ vosotros, en cambio, os habéis alzado hoy contra la casa de mi padre, habéis matado a sus setenta hijos varones sobre una misma piedra, y habéis puesto por rey a Abimélec, el hijo de su esclava, sobre los señores de Siquén, por ser él vuestro hermano. ¹⁹ Si, pues, habéis obrado con sinceridad y lealtad con Yerubaal y con su familia en el día de hoy, que Abimélec sea vuestra alegría y vosotros la suya. ²⁰ De lo contrario, que salga fuego de Abimélec y devore a los señores de Siquén y de Bet Miló; y que salga fuego de los señores de Siquén y Bet Miló y devore a Abimélec.»

²¹ Jotán huyó, y se puso a salvo en Beer, donde se estableció, lejos del alcance de su hermano Abimélec.

Revolución de los siquenitas contra Abimélec.

²² Abimélec gobernó tres años en Israel. ²³ Pero Dios envió un espíritu de discordia entre Abimélec y los señores de Siquén, que traicionaron a Abimélec. ²⁴ De este modo, el crimen cometido contra los setenta hijos de Yerubaal sería vengado y su sangre caería sobre su hermano Abimélec, que los había asesinado, y sobre los señores de Siquén, que le habían ayudado a

asesinar a sus hermanos. ²⁵ Los señores de Siquén prepararon contra él emboscadas en las cimas de los montes y saqueaban a todo el que pasaba cerca por el camino. Y se dio aviso a Abimélec. ²⁶ Gaal, hijo de Obed, acompañado de sus hermanos, vino a pasar por Siquén y se ganó la confianza de los señores de la ciudad. ²⁷ Salieron éstos al campo a vendimiar sus viñas, pisaron las uvas, hicieron fiesta y entraron en el templo de su dios. Comieron y bebieron y maldijeron a Abimélec. ²⁸ Entonces Gaal, hijo de Obed, exclamó: «¿Quién es Abimélec y qué es Siquén para que le sirvamos? ¿Por qué el hijo de Yerubaal, y Zebul, su lugarteniente, no han de servir a la gente de Jamor, padre de Siquén? ¿Por qué hemos de servirles nosotros? ²⁹ ¡Quién pusiera este pueblo en mis manos! Yo echaría a Abimélec y le diría que reforzase su ejército y saliera a luchar.» ³⁰ Zebul, gobernador de la ciudad, se enteró de la propuesta de Gaal, hijo de Obed, y montó en cólera. ³¹ Entonces envió secretamente mensajeros donde Abimélec, para decirle: «Ten cuidado, porque Gaal, hijo de Obed, con sus hermanos, ha llegado a Siquén y están soliviantando a la ciudad contra ti. ³² Por tanto, prepárate por la noche, tú y la gente que te acompaña, y tiende una emboscada en el campo. ³³ Por la mañana temprano, en cuanto salga el sol, te lanzas contra la ciudad. Cuando Gaal salga a tu encuentro con su gente, harás con él lo que te venga a mano.» ³⁴ Abimélec se puso en marcha de noche con todas las tropas de que disponía y tendieron una emboscada frente a Siquén, repartidos en cuatro grupos. ³⁵ Cuando Gaal, hijo de Obed, salió y se detuvo a la entrada de la puerta de la ciudad, Abimélec y la tropa que le acompañaba salieron de su emboscada. ³⁶ Cuando Gaal vio la tropa, dijo a Zebul: «Mira, parece que baja gente de las cumbres de los cerros.» Zebul respondió: «Lo que ves son las sombras que hay en los cerros, y te parecen hombres.» ³⁷ Gaal volvió a decir: «Mirad, se ve gente bajando por la parte del Ombligo de la Tierra, y otra partida que llega por el camino de la Encina de los Adivinos.» ³⁸ Zebul le dijo entonces: «¿Qué has hecho de tu boca, tú que decías: Quién es Abimélec para que le sirvamos? ¿No es ésa la gente que despreciaste? Sal, pues, ahora y pelea contra ellos.» ³⁹ Gaal salió al frente de los señores de Siquén y presentó batalla a Abimélec. ⁴⁰ Abimélec persiguió a Gaal, que se le escapó; pero muchos cayeron muertos antes de llegar a la puerta. ⁴¹ Abimélec habitó en Arumá. Y Zebul expulsó a Gaal y a sus hermanos, y no les dejó habitar en Siquén.

Destrucción de Siquén y toma de Migdal Siquén.

⁴² Al día siguiente la gente salió al campo. Alguien avisó a Abimélec, ⁴³ que tomó su tropa, la repartió en tres cuerpos y tendió una emboscada en el campo. Cuando vio que la gente salía de la ciudad, cayó sobre ellos y los derrotó. ⁴⁴ Abimélec, con el cuerpo que le acompañaba, atacó y tomó posiciones a la entrada de la puerta de la ciudad; los otros dos cuerpos se lanzaron contra todos los que estaban en el campo y los derrotaron. ⁴⁵ Todo aquel día estuvo Abimélec atacando a la ciudad. Cuando la tomó, mató a la población, arrasó la ciudad y la sembró de sal. ⁴⁶ Al saberlo, los vecinos de Migdal Siquén se metieron en la cueva del templo de El Berit. ⁴⁷ Se comunicó a Abimélec que todos los señores de Migdal Siquén estaban juntos; ⁴⁸ entonces Abimélec subió al monte Salmón con toda su tropa y, tomando un hacha en sus manos, cortó una rama de árbol, la alzó y echándosela al hombro dijo a la tropa que le acompañaba: «¡De prisa! Haced también vosotros lo que me habéis visto hacer a mí.» ⁴⁹ Todos sus hombres cortaron sendas ramas; luego siguieron a Abimélec, pusieron las ramas sobre la cripta y la prendieron fuego con los que se hallaban dentro. Así murieron también todos los habitantes de Migdal Siquén, unos mil hombres y mujeres.

Asedio de Tebés y muerte de Abimélec.

⁵⁰ Después marchó Abimélec contra Tebés, la asedió y tomó. ⁵¹ Había en medio de la ciudad una torre fortificada, en la que se refugiaron todos los hombres y mujeres, así como los señores de la ciudad. Cerraron por dentro y subieron a la terraza de la torre. ⁵² Abimélec llegó hasta la torre, la atacó y alcanzó la puerta de la torre con ánimo de prenderla fuego. ⁵³ Entonces una mujer le arrojó una muela de molino a la cabeza y le partió el cráneo. ⁵⁴ Él llamó en seguida a su escudero y le dijo: «Desenvaina tu espada y mátame, para que no vayan por ahí diciendo que me ha matado una mujer.» Su escudero lo atravesó y murió. ⁵⁵ Cuando la gente de Israel se enteró que Abimélec había muerto, se volvió cada uno a su lugar.

⁵⁶ Así devolvió Dios a Abimélec el mal que había hecho a su padre al matar a sus setenta hermanos. ⁵⁷ Y así hizo Dios también que recayera sobre la gente de Siquén la culpa que había acarreado su maldad. De este modo se cumplió en ellos la maldición de Jotán, hijo de Yerubaal.

Jefté y los «Jueces Menores»

6. TOLÁ

¹⁰ ¹ Después de Abimélec surgió para salvar a Israel Tolá, hijo de Puá, hijo de Dodó. Era de Isacar y habitaba en Samir, en la montaña de Efraín. ² Fue juez de Israel veintitrés años. Tras su muerte, fue sepultado en Samir.

7. YAÍR

³ Tras él surgió Yaír, de Galaad, que fue juez de Israel veintidós años. ⁴ Tenía treinta hijos que montaban sendos pollinos y poseían sendos poblados, que se llaman todavía hoy las Aldeas de Yaír, en el país de Galaad.

⁵ Tras su muerte, Yaír fue sepultado en Camón.

8. JEFTÉ

Opresión de los amonitas.

⁶ Los israelitas volvieron a hacer lo que desagradaba a Yahvé: dieron culto a los Baales y a las Ainicioés, a los dioses de Aram y Sidón, a los dioses de Moab, a los de los amonitas y de los filisteos. Abandonaron a Yahvé y ya no le servían. ⁷ Entonces se encolerizó Yahvé contra Israel y los entregó en manos de los filisteos y en manos de los amonitas. ⁸ Éstos molestaron y oprimieron durante dieciocho años a los israelitas, a todos los que vivían en Transjordania, en el país amorreo de Galaad. ⁹ Los amonitas pasaron el Jordán para atacar también a Judá, a Benjamín y a la casa de Efraín, e Israel pasó por grave aprieto. ¹⁰ Los israelitas clamaron a Yahvé diciendo: «Hemos pecado contra ti, porque hemos abandonado a Yahvé nuestro Dios para dar culto a los Baales.» ¹¹ Yahvé dijo entonces a los israelitas: «Cuando los egipcios, los amorreos, los amonitas, los filisteos, ¹² los sidonios, Amalec y Madián os oprimían y clamasteis a mí, ¿no os salvé de sus manos? ¹³ Pero vosotros me habéis abandonado y habéis dado culto a otros dioses. Por eso no he de salvaros otra vez. ¹⁴ Id y gritad a los dioses que habéis elegido: que os salven ellos en el tiempo de vuestra angustia.» ¹⁵ Los israelitas respondieron a Yahvé: «Hemos pecado, haz con nosotros todo lo que te plazca; pero, por favor, sálvanos hoy.» ¹⁶ Entonces se desprendieron de los dioses extranjeros y sirvieron a Yahvé. Y Yahvé no pudo soportar el sufrimiento de Israel.

JUECES

¹⁷ Los amonitas se concentraron y vinieron a acampar en Galaad. Los israelitas se reunieron y acamparon en Mispá. ¹⁸ Entonces el pueblo, los jefes de Galaad, se dijeron unos a otros: «¿Quién será el hombre que emprenda el ataque contra los hijos de Amón y acaudille a todos los habitantes de Galaad?»

Jefté pone condiciones.

1 ¹ Jefté, el galaadita, era un valiente guerrero. Era hijo de una prostituta. Y era Galaad el que había engendrado a Jefté. ² Pero la mujer de Galaad le había dado hijos. Cuando crecieron los hijos de la esposa, echaron a Jefté diciéndole: «Tú no tendrás herencia en la casa de nuestro padre, porque eres hijo de una mujer extraña.» ³ Jefté huyó lejos de sus hermanos y se quedó en el país de Tob, donde se le juntó una banda de gente miserable, que hacía correrías con él.

⁴ Andando el tiempo, los amonitas vinieron a combatir contra Israel. ⁵ Y cuando los amonitas estaban atacando a Israel, los ancianos de Galaad fueron a buscar a Jefté al país de Tob. ⁶ Dijeron a Jefté: «Ven, tú serás nuestro caudillo en la guerra con los amonitas.» ⁷ Pero Jefté respondió a los ancianos de Galaad: «¿No sois vosotros los que me odiabais y me echasteis de la casa de mi padre? ¿Por qué acudís a mí ahora que estáis en apuros?» ⁸ Los ancianos de Galaad replicaron a Jefté: «Por eso ahora volvemos donde ti: ven con nosotros; tú atacarás a los amonitas y serás nuestro jefe y el de todos los habitantes de Galaad.» ⁹ Jefté respondió a los ancianos de Galaad: «Si me hacéis volver para combatir a los amonitas y Yahvé me los entrega, yo seré vuestro jefe.» ¹⁰ Respondieron a Jefté los ancianos de Galaad: «Que Yahvé sea testigo entre nosotros si no hacemos como tú has dicho.» ¹¹ Jefté partió con los ancianos de Galaad, y el pueblo le proclamó su jefe y caudillo. Y Jefté repitió todas sus condiciones delante de Yahvé en Mispá.

Conversaciones de Jefté con los amonitas.

¹² Jefté envió al rey de los amonitas mensajeros que le dijeran: «¿Qué tenemos que ver tú y yo para que vengas a atacarme en mi propio país?» ¹³ El rey de los amonitas respondió a los mensajeros de Jefté: «Porque Israel, cuando subía de Egipto, se apoderó de mi país desde el Arnón hasta el Yaboc y el Jordán. Así que ahora devuélvemelo por las buenas.» ¹⁴ Jefté envió de nuevo mensajeros al rey de los amonitas ¹⁵ con

este mensaje: «Así habla Jefté: Israel no se ha apoderado ni del país de Moab ni del país de los amonitas. ¹⁶ Cuando subió de Egipto, Israel caminó por el desierto hasta el mar de Suf y llegó a Cades. ¹⁷ Entonces Israel envió mensajeros al rey de Edom para decirle que, por favor, les dejara pasar por su país; pero el rey de Edom no les atendió. Los envió también al rey de Moab, que tampoco accedió, e Israel se quedó en Cades. ¹⁸ Luego, avanzando por el desierto, bordeó el país de Edom y el de Moab y llegó al oriente del país de Moab. Acamparon a la otra parte del Arnón, sin cruzar la frontera de Moab, pues el Arnón es el límite de Moab. ¹⁹ Israel envió mensajeros a Sijón, rey de los amorreos, que reinaba en Jesbón, y le dijo que, por favor, le dejaran pasar por su país hasta llegar a su destino. ²⁰ Pero Sijón le negó a Israel el paso por su territorio, reunió toda su tropa, que acampó en Yahas, y atacó a Israel. ²¹ Yahvé, Dios de Israel, entregó a Sijón y a todo su pueblo en manos de Israel, que, tras derrotarlos, conquistó todo el país de los amorreos que habitaban allí. ²² Así conquistaron todo el territorio de los amorreos, desde el Arnón hasta el Yaboc y desde el desierto hasta el Jordán. ²³ De modo que, después que Yahvé, Dios de Israel, ha quitado su heredad a los amorreos en favor de su pueblo Israel, ¿ahora tú se la vas a quitar a Israel? ²⁴ ¿No posees ya todo lo que tu dios Camós ha quitado para ti a sus poseedores? Pues igualmente nosotros poseemos todo lo que Yahvé nuestro Dios ha quitado para nosotros a sus poseedores. ²⁵ ¿Vas a ser tú más que Balac, hijo de Sipor, rey de Moab? ¿Pudo acaso él hacerse fuerte contra Israel y luchar contra él? ²⁶ Cuando se estableció Israel en Jesbón y en sus filiales, en Aroer y en sus filiales y en todos los poblados que están a ambos lados del Arnón (trescientos años), ¿por qué no las habéis recuperado desde entonces? ²⁷ Yo no te he ofendido; eres tú el que te portas mal conmigo si me atacas. Que el Juez Yahvé juzgue hoy entre los israelitas y los amonitas.» ²⁸ Pero el rey de los amonitas no hizo caso del mensaje que le envió Jefté.

El voto de Jefté y su victoria.

²⁹ El espíritu de Yahvé vino sobre Jefté, que recorrió Galaad y Manasés, pasó por Mispá de Galaad y de aquí se dirigió donde los amonitas. ³⁰ Y Jefté hizo un voto a Yahvé: «Si entregas en mis manos a los amonitas, ³¹ el primero que salga de las puertas de mi casa a mi encuentro, cuando vuelva victorioso de los amonitas, será para Yahvé y lo ofreceré en holocausto.» ³² Jefté pasó al territorio de los amonitas para atacarlos, y

Yahvé los entregó en sus manos.³³ Los derrotó desde Aroer hasta cerca de Minit (veinte poblados) y hasta Abel Queramín. La derrota fue grandísima, y los amonitas fueron humillados delante de los israelitas.

³⁴ Pero resulta que, cuando Jefté volvió a Mispá, a su casa, su hija salió a su encuentro bailando al son de las panderetas. Era su única hija; no tenía ni más hijos ni más hijas que ella.³⁵ Al verla, rasgó sus vestiduras y gritó: «¡Ay, hija mía! ¡Me has deshecho! ¿Habías de ser tú la causa de mi desgracia? Abrí la boca ante Yahvé y no puedo volverme atrás.»³⁶ Ella le respondió: «Padre mío, has abierto tu boca ante Yahvé, haz conmigo lo que salió de tu boca, ya que Yahvé te ha concedido vengarte de tus enemigos los amonitas.»³⁷ Después dijo a su padre: «Que se me conceda esta gracia: déjame dos meses para ir a vagar por las montañas y llorar mi virginidad con mis compañeras.»³⁸ Él le dijo: «Puedes ir.» Y la dejó marchar dos meses. Ella se fue con sus compañeras y estuvo llorando su virginidad por los montes.³⁹ Al cabo de los dos meses, volvió donde su padre, que tuvo que cumplir en ella el voto que había hecho. La joven no había conocido varón. De ahí nació una costumbre en Israel:⁴⁰ las muchachas de Israel van anualmente, durante cuatro días, a lamentarse por la hija de Jefté el galaadita.

Guerra contra Efraín y Galaad.
 Muerte de Jefté.

¹² ¹ Los hombres de Efraín se juntaron, pasaron el Jordán en dirección a Safón y dijeron a Jefté: «¿Por qué has ido a atacar a los amonitas y no nos has invitado a marchar contigo? Vamos a prender fuego a tu casa contigo dentro.»² Jefté les respondió: «Teníamos un gran conflicto mi pueblo y yo con los amonitas; os pedí ayuda y no me librasteis de sus manos.³ Cuando vi que nadie venía a ayudarme, arriesgué la vida, marché contra los amonitas y Yahvé los entregó en mis manos. ¿Por qué, pues, habéis subido hoy contra mí para hacerme la guerra?»⁴ Entonces Jefté reunió a todos los hombres de Galaad y atacó a Efraín, que fue derrotado por los galaaditas. (Los de Efraín solían decir: «Vosotros los galaaditas sois fugitivos de Efraín, en medio de Efraín, en medio de Manasés.»)⁵ Galaad cortó a Efraín los vados del Jordán y, cuando los fugitivos de Efraín decían: «Dejadme pasar», los hombres de Galaad preguntaban: «¿Eres efrainita?» Si respondía: «No»,⁶ le añadían: «Pues di Shibbólet». Pero él decía: «Sibbólet»

porque no podía pronunciarlo correctamente. Entonces le echaban mano y lo degollaban junto a los vados del Jordán. Perekieron en aquella ocasión cuarenta y dos mil hombres de Efraín.

⁷ Jefté juzgó a Israel seis años. Cuando Jefté el galaadita murió, fue sepultado en su ciudad, Mispá de Galaad.

9. IBSÁN

⁸ Después de él fue juez en Israel Ibsán de Belén.
⁹ Tenía treinta hijos y treinta hijas. A éstas las casó fuera y de fuera trajo treinta mujeres para sus hijos. Fue juez en Israel siete años.¹⁰ Tras su muerte, Ibsán fue sepultado en Belén.

10. ELÓN

¹¹ Después de él fue juez en Israel Elón de Zabulón. Juzgó a Israel diez años.¹² Tras su muerte, Elón de Zabulón fue sepultado en Ayalón, en tierra de Zabulón.

11. ABDÓN

¹³ Después de él fue juez en Israel Abdón, hijo de Hilel, de Piratón.¹⁴ Tenía cuarenta hijos y treinta nietos, que montaban setenta pollinos. Juzgó a Israel ocho años.¹⁵ Tras su muerte, Abdón, hijo de Hilel de Piratón, fue sepultado en Piratón, en tierra de Efraín, en la montaña de los amalecitas.

12. SANSÓN

El anuncio del nacimiento de Sansón.

¹³ ¹ Los israelitas volvieron a hacer lo que desagradaba a Yahvé, que los dejó a merced de los filisteos durante cuarenta años.

² Había un hombre en Sorá, de la tribu de Dan, llamado Manóaj. Su mujer no había tenido hijos, porque era estéril.³ El Ángel de Yahvé se apareció a esta mujer y le dijo: «Mira, aunque eres estéril y no has tenido hijos, concebirás y darás a luz un hijo.⁴ En adelante guárdate de beber vino ni bebida fermentada, y no comas nada impuro,⁵ porque vas a concebir y a dar a luz un hijo, que será nazireo de Dios desde el seno materno: no pasará la navaja por su cabeza. Él comenzará a salvar a Israel de la mano de los filisteos.»⁶ La mujer fue a contárselo a su marido: «Un hombre de Dios ha venido donde mí; su

JUECES

aspecto era como el del Ángel de Dios, muy terrible. No le he preguntado de dónde venía ni él me ha manifestado su nombre. ⁷ Pero me ha dicho: Vas a concebir y a dar a luz un hijo. En adelante no bebas vino ni bebida fermentada, y no comas nada impuro, porque el niño será nazireo de Dios desde el seno materno hasta el día de su muerte.»

Segunda aparición del Ángel.

⁸ Manóaj invocó así a Yahvé: «Te ruego, Señor, que el hombre de Dios que has enviado venga otra vez donde nosotros y nos enseñe lo que hemos de hacer con el niño cuando nazca.» ⁹ Dios escuchó a Manóaj, y el Ángel de Dios vino otra vez donde la mujer cuando estaba en el campo. Como Manóaj, su marido, no estaba con ella en aquel momento, ¹⁰ la mujer corrió en seguida a informar a su marido: «Mira, se me ha aparecido el hombre que vino donde mí el otro día.» ¹¹ Manóaj se levantó y, siguiendo a su mujer, llegó donde el hombre y le preguntó: «¿Eres tú el que has hablado con esta mujer?» Él respondió: «Sí.» ¹² Le dijo Manóaj: «Cuando tu palabra se cumpla, ¿cuál deberá ser la norma de conducta del niño?» ¹³ El Ángel de Yahvé respondió a Manóaj: «Deberá abstenerse de todo lo que indiqué a esta mujer. ¹⁴ No probará nada de lo que procede de la vid, no beberá vino ni bebida fermentada, no comerá nada impuro y observará todo lo que yo le he mandado.» ¹⁵ Manóaj dijo entonces al Ángel de Yahvé: «Por favor, queremos que te quedes; te vamos a preparar un cabrito.» ^{16b} (Es que Manóaj no sabía que era el Ángel de Yahvé.) ^{16a} Pero el Ángel de Yahvé dijo a Manóaj: «Aunque me obligues a quedarme no probaré tu comida. Pero si quieres preparar un holocausto, ofréceselo a Yahvé.» ¹⁷ Manóaj dijo entonces al Ángel de Yahvé: «¿Cuál es tu nombre para que, cuando se cumpla tu palabra, te podamos honrar?» ¹⁸ El Ángel de Yahvé le respondió: «¿Por qué me preguntas el nombre, si es misterioso?» ¹⁹ Manóaj tomó el cabrito con la oblación y lo ofreció en holocausto, sobre la roca, a Yahvé, que actúa misteriosamente. Manóaj y su mujer se quedaron mirando. ²⁰ Cuando la llama subía del altar hacia el cielo, el Ángel de Yahvé subía en la llama. Manóaj y su mujer, que lo estaban viendo, cayeron rostro en tierra. ²¹ Al desaparecer el Ángel de Yahvé de la vista de Manóaj y su mujer, Manóaj se dio cuenta de que era el Ángel de Yahvé. ²² Entonces dijo Manóaj a su mujer: «Seguro que vamos a morir, porque hemos visto a Dios.» ²³ Su mujer le respondió: «Si Yahvé hubiera querido matarnos, no habría aceptado de

nuestra mano el holocausto ni la oblación, ni nos habría mostrado todas estas cosas, ni nos habría hecho oír tales cosas ahora mismo.» ²⁴ La mujer dio a luz un hijo y lo llamó Sansón. El niño creció y Yahvé lo bendijo. ²⁵ Y el espíritu de Yahvé comenzó a agitarlo en el Campamento de Dan, entre Sorá y Estaol.

El matrimonio de Sansón.

¹⁴ ¹ Una vez que Sansón bajó a Timná, se fijó en una muchacha filistea. ² Cuando subió, lo comentó con su padre y con su madre: «He visto en Timná una muchacha filistea. Tomádmela para esposa.» ³ Su padre y su madre le dijeron: «¿No hay ninguna mujer entre las hijas de tus parientes y en todo mi pueblo, para que vayas a tomar esposa entre esos filisteos incircuncisos?» Pero Sansón respondió a su padre: «Toma a ésa para mí, porque ésa es la que me gusta.» ⁴ Su padre y su madre no sabían que esto era asunto de Yahvé, que buscaba un pretexto contra los filisteos, pues por aquel tiempo los filisteos dominaban a Israel.

⁵ Sansón bajó a Timná y, al llegar a las viñas del pueblo, vio un leoncillo que venía rugiendo a su encuentro. ⁶ El espíritu de Yahvé le invadió y, sin tener nada en la mano, Sansón despedazó al león como se despedaza un cabrito. Pero no contó ni a su padre ni a su madre lo que había hecho. ⁷ Bajó y habló con la mujer, la cual le agradó. ⁸ Algún tiempo después, volvió Sansón para casarse con ella. Dio un rodeo para ver el cadáver del león y resulta que en el esqueleto del león había un enjambre de abejas con miel. ⁹ Él la recogió en su mano y la iba comiendo según caminaba. Cuando llegó donde su padre y su madre, les dio miel, y comieron, pero no les dijo que la había cogido del esqueleto del león. ¹⁰ Su padre bajó donde la mujer y Sansón hizo allí un banquete, pues así suelen hacer los jóvenes. ¹¹ Pero, cuando lo vieron, eligieron treinta compañeros, que estuvieron con él.

La adivinanza de Sansón.

¹² Sansón les dijo: «Os voy a proponer una adivinanza. Si me dais la solución dentro de los siete días de la fiesta y acertáis, os daré treinta túnicas y treinta mudas. ¹³ Pero si no podéis darme la solución, entonces me daréis vosotros treinta túnicas y treinta mudas.» Ellos le dijeron: «Propón tu adivinanza; te escuchamos.» ¹⁴ Él les dijo:

«Del que come salió comida,
y del fuerte salió dulzura.»

A los tres días aún no habían acertado la adivinanza.

¹⁵ Al cuarto día dijeron a la mujer de Sansón: «Convince a tu marido para que nos descifre la adivinanza, si no, te quemaremos a ti y a la casa de tu padre. ¿O es que nos habéis invitado para robarnos?» ¹⁶ La mujer de Sansón se puso a llorar a su lado, y dijo: «Tú me odias; seguro que no me amas, pues has propuesto una adivinanza a mis paisanos y no has sido capaz de descifrármela.» Él le respondió: «Ni a mi padre ni a mi madre se la he descifrado, ¿y te la voy a descifrar a ti?» ¹⁷ Ella no dejó de llorar a su lado los siete días que duró la fiesta. Por fin el séptimo día se la descifró, porque lo tenía asediado. Y ella se la descifró a sus paisanos.

¹⁸ El séptimo día, antes que entrara en la alcoba, la gente de la ciudad dijo a Sansón:

«¿Qué hay más dulce que la miel,
qué más fuerte que el león?»

Él les respondió:

«Si no hubierais arado con mi novilla,
no habríais acertado mi adivinanza.»

¹⁹ Luego el espíritu de Yahvé le invadió, bajó a Ascalón y mató allí a treinta hombres. Tomó sus despojos y entregó las mudas a los acertantes de la adivinanza. Después, encendido en cólera, subió a la casa de su padre. ²⁰ La mujer de Sansón pasó a ser de un compañero suyo, al que había tenido de compañero.

Sansón quema las mieses de los filisteos.

¹ Algún tiempo después, por los días de la siega del trigo, fue Sansón a visitar a su mujer, llevando un cabrito. Al llegar, dijo: «Quiero acostarme con mi mujer, en la alcoba.» Pero el padre de ella no le dejó entrar. ² Le dijo: «Como pensé que ya no la querías, se la di a tu compañero. ¿No vale más su hermana menor? Hazla tuya, en lugar de la otra.» ³ Sansón les replicó: «Esta vez soy inocente del daño que

pueda hacer a los filisteos.» ⁴ Se fue Sansón, y cazó trescientas zorras; cogió unas teas y, juntando a los animales cola con cola, puso una tea en medio entre las dos colas. ⁵ Prendió fuego a las teas y luego, soltando las zorras por las mieses de los filisteos, incendió las gavillas y el trigo todavía en pie, y hasta las viñas y olivares.

⁶ Los filisteos preguntaron: «¿Quién ha hecho esto?» Les respondieron: «Sansón, el yerno del timnita, porque éste tomó a su mujer y se la dio a su compañero.» Entonces los filisteos subieron y quemaron a aquella mujer y la casa de su padre. ⁷ Sansón les dijo: «Ya que os portáis así, no he de parar hasta vengarme de vosotros.» ⁸ Y les midió las costillas, causándoles un gran estrago. Después bajó a la gruta de la roca de Etán y se quedó allí.

La quijada de asno.

⁹ Los filisteos subieron a acampar en Judá e hicieron una incursión por Lejé.

¹⁰ Los hombres de Judá les dijeron: «¿Por qué habéis subido a atacarnos?» Respondieron: «Hemos subido para amarrar a Sansón, para hacer con él lo que él ha hecho con nosotros.» ¹¹ Tres mil hombres de Judá bajaron a la gruta de la roca de Etán y dijeron a Sansón: «¿No sabes que los filisteos nos están dominando? ¿Qué nos has hecho?» Él les respondió: «Les he tratado del mismo modo que me trataron ellos a mí.» ¹² Ellos le dijeron: «Hemos bajado para amarrarte y entregarte en manos de los filisteos.» Sansón les dijo: «Juradme que no me vais a matar vosotros mismos.» ¹³ Le respondieron: «No; sólo queremos amarrarte y entregarte en sus manos. Pero matarte, no te mataremos.» Lo amarraron, pues, con dos cordeles nuevos y lo sacaron de entre las rocas.

¹⁴ Cuando llegaba a Lejé y los filisteos corrían a su encuentro, con gritos de triunfo, el espíritu de Yahvé vino sobre él. Entonces los cordeles que sujetaban sus brazos fueron como hilos de lino que se queman al fuego, y las ligaduras se deshicieron entre sus manos. ¹⁵ Encontró una quijada de asno todavía fresca, alargó la mano, la cogió y mató con ella a mil hombres. ¹⁶ Sansón dijo entonces:

«Con quijada de asno los amontoné.

Con quijada de asno, a mil hombres sacudí.»

JUECES

¹⁷ Cuando terminó de hablar, tiró la quijada: por eso se llamó aquel lugar Ramat Lejí. ¹⁸ Entonces sintió una sed terrible e invocó así a Yahvé: «Tú has logrado esta gran victoria por mano de tu siervo, ¿y vas a permitir ahora que muera yo de sed y que caiga en manos de los incircuncisos?»

¹⁹ Entonces Dios hendió la cavidad que hay en Lejí y brotó agua de ella. Sansón bebió, recobró su espíritu y se reanimó. Por eso, a la fuente que existe todavía hoy en Lejí, se le dio el nombre de En Hacoré. ²⁰ Sansón fue juez en Israel en la época de los filisteos por espacio de veinte años.

El episodio de las puertas de Gaza.

¹⁶ ¹ De allí Sansón se dirigió a Gaza. Allí vio a una prostituta y entró en su casa. ² Alguien avisó a los hombres de Gaza que había venido Sansón. Ellos le cercaron y le estuvieron acechando a la puerta de la ciudad. Estuvieron tranquilos toda la noche pensando: «Esperemos hasta que despunte el día y lo mataremos.» ³ Sansón estuvo durmiendo hasta media noche. A media noche se levantó, cogió las hojas de la puerta de la ciudad con sus dos jambas, las arrancó junto con la barra, se las cargó a la espalda y las subió hasta la cumbre del monte que está frente a Hebrón.

Sansón traicionado por Dalila.

⁴ Después de esto, se enamoró de una mujer de la vaguada de Sorec, que se llamaba Dalila. ⁵ Los tiranos de los filisteos subieron donde ella y le dijeron: «Sonsácale y entérate de dónde le viene esa fuerza tan enorme, y cómo podríamos dominarlo para amarrarlo y tenerlo sujeto. Cada uno de nosotros te dará mil cien siclos de plata.»

⁶ Dalila dijo a Sansón: «Dime, por favor, de dónde te viene esa fuerza tan grande y con qué habría que atarte para tenerte sujeto.» ⁷ Sansón le respondió: «Si me amarraran con siete cuerdas de arco todavía frescas, sin dejarlas secar, me debilitaría y sería como un hombre cualquiera.» ⁸ Los tiranos de los filisteos llevaron a Dalila siete cuerdas de arco frescas, sin secar aún, y lo amarró con ellas. ⁹ Tenía ella hombres apostados en la alcoba. Entonces le gritó: «Los filisteos te atacan, Sansón.» Él rompió las cuerdas de arco como se rompe el hilo de estopa en cuanto siente el fuego. Así que no se descubrió el secreto de su fuerza.

¹⁰ Entonces Dalila dijo a Sansón: «Te has reído de mí y me has mentido. Dime pues, por favor,

con qué habría que atarte.» ¹¹ Él le respondió: «Si me amarraran bien con cordeles nuevos sin usar, me debilitaría y sería como un hombre cualquiera.» ¹² Dalila cogió unos cordeles nuevos, lo amarró con ellos y le gritó: «Los filisteos te atacan, Sansón.» Tenía ella hombres apostados en la alcoba. Pero él rompió los cordeles de sus brazos como un hilo.

¹³ Entonces Dalila dijo a Sansón: «Hasta ahora te has estado burlando de mí y no me has dicho más que mentiras. Dime con qué habría de amarrarte.» Él le respondió: «Si tejieras las siete trenzas de mi cabellera con la trama y las clavaras con la clavija del tejedor, me debilitaría y sería como un hombre cualquiera.» ¹⁴ Ella le hizo dormir, tejió luego las siete trenzas de su cabellera con la trama, las clavó con la clavija y le gritó: «Los filisteos te atacan, Sansón.» Él se despertó de su sueño y arrancó la trama y la clavija. Así que no se descubrió el secreto de su fuerza.

¹⁵ Dalila le dijo: «¿Cómo puedes decir que me amas, si tu corazón no está conmigo? Tres veces te has reído ya de mí y no me has dicho en qué consiste esa fuerza tan grande.» ¹⁶ Como todos los días le asediaba con sus palabras y le importunaba, aburrido de la vida, ¹⁷ le abrió todo su corazón y le dijo: «La navaja no ha pasado jamás por mi cabeza, porque soy nazireo de Dios desde el vientre materno. Si me rasuraran, mi fuerza me abandonaría, me debilitaría y sería como un hombre cualquiera.» ¹⁸ Dalila comprendió entonces que le había abierto todo su corazón. Mandó llamar entonces a los tiranos de los filisteos y les dijo: «Venid, pues esta vez me ha abierto todo su corazón.» Y los tiranos de los filisteos vinieron donde ella con el dinero en la mano. ¹⁹ Ella hizo dormir a Sansón sobre sus rodillas y llamó a un hombre, que le cortó las siete trenzas de su cabeza. Entonces comenzó a debilitarse, y se le fue el vigor. ²⁰ Ella gritó: «Los filisteos te atacan, Sansón.» Él se despertó de su sueño y se dijo: «Saldré como las otras veces y me los sacudiré.» (No sabía que Yahvé se había apartado de él.) ²¹ Los filisteos le echaron mano, le sacaron los ojos y lo bajaron a Gaza. Allí lo ataron con una doble cadena de bronce y lo pusieron a dar vueltas a la muela en la cárcel.

Venganza y muerte de Sansón.

²² Pero el pelo de su cabeza, nada más rapado, empezó a crecer. ²³ Los tiranos de los filisteos se

reunieron para ofrecer un gran sacrificio a su dios Dagón y hacer gran fiesta. Decían:

«Nuestro dios ha puesto en nuestras manos

a Sansón, nuestro enemigo.»

²⁴ En cuanto lo vio la gente, alababa a su dios diciendo:

«Nuestro dios ha puesto en nuestras manos

a Sansón nuestro enemigo,

al que devastaba nuestro país

y multiplicaba nuestros muertos.»

²⁵ Como tenían el corazón alegre, dijeron: «Llamad a Sansón para que nos divierta.» Trajeron, pues, a Sansón de la cárcel, y los estuvo divirtiendo. Luego lo pusieron de pie entre las columnas. ²⁶ Sansón dijo entonces al muchacho que lo llevaba de la mano: «Ponme donde pueda tocar las columnas en las que descansa el edificio, para que me apoye en ellas.» ²⁷ El edificio estaba abarrotado de hombres y mujeres. Se encontraban dentro todos los tiranos de los filisteos y, en el terrado, unos tres mil hombres y mujeres contemplando los juegos de Sansón. ²⁸ Sansón invocó a Yahvé y exclamó: «Señor Yahvé, dignate acordarte de mí, hazme fuerte aunque sólo sea esta vez, oh Dios, para que de un golpe me vengue de los filisteos por mis dos ojos.» ²⁹ Sansón tanteó entonces las dos columnas centrales sobre las que descansaba el edificio, se apoyó en ellas, en una con su brazo derecho y en la otra con el izquierdo, ³⁰ y gritó: «¡Muera yo con los filisteos!» Apretó con todas sus fuerzas y el edificio se derrumbó sobre los tiranos y sobre toda la gente allí reunida. Los muertos que dejó al morir fueron más que los que había matado en vida. ³¹ Sus hermanos y todos sus parientes bajaron y se lo llevaron. Tras subirlo, lo sepultaron entre Sorá y Estaol, en el sepulcro de su padre Manóaj. Había juzgado a Israel por espacio de veinte años.

Apéndices

1. EL SANTUARIO DE MICÁ Y EL SANTUARIO DE DAN

El Santuario privado de Micá.

17 ¹ Había en la montaña de Efraín un hombre llamado Mikayehú. ² En cierta ocasión dijo a su madre: «Los mil cien siclos de plata que te quitaron y por los que lanzaste una maldición, incluso oí que dijiste... esa plata la tengo yo; yo la robé.» Su madre respondió: «Que mi hijo sea bendito de Yahvé.» ³ Y él le devolvió los mil cien siclos de plata. Su madre dijo: «Yo había consagrado solemne y espontáneamente, por mi hijo, esta plata a Yahvé, para hacer con ella una imagen y un ídolo de fundición, pero ahora te la devuelvo.» ⁴ Pero él restituyó la plata a su madre.

Su madre tomó doscientos siclos de plata y los entregó al fundidor. Éste le hizo una imagen (y un ídolo de metal fundido) que quedó en casa de Mikayehú. ⁵ Este hombre, Micá, que tenía un santuario, hizo un efod y unos *terafim* e invistió a uno de sus hijos, que vino a ser su sacerdote. ⁶ En aquel tiempo no había rey en Israel y hacía cada uno lo que le parecía bien.

⁷ Había un joven de Belén de Judá, del clan de Judá, que era levita y residía allí como forastero. ⁸ Este hombre dejó la ciudad de Belén de Judá para ir a residir donde pudiera. Haciendo su camino llegó a la montaña de Efraín, a la casa de Micá. ⁹ Micá le preguntó: «¿De dónde vienes?» Le respondió: «Soy un levita de Belén de Judá. Vengo de paso para residir donde pueda.» ¹⁰ Micá le dijo: «Quédate en mi casa, y serás para mí un padre y un sacerdote. Te daré diez siclos de plata al año, más el vestido y la comida.» ¹¹ El levita accedió a quedarse en casa de aquel hombre, y el joven fue para él como uno de sus hijos. ¹² Micá invistió al levita; el joven fue su sacerdote y se quedó en casa de Micá. ¹³ Y Micá pensó: «Ahora sé que Yahvé me favorecerá, porque tengo a este levita como sacerdote.»

Los danitas en busca de territorio .

18 ¹ Por aquel tiempo no había rey en Israel. Por entonces la tribu de Dan buscaba un territorio donde habitar, pues hasta aquel día no le había tocado heredad entre las tribus de Israel. ² Los danitas enviaron a cinco hombres de su familia, hombres valientes, de Sorá y Estaol, para recorrer el país y explorarlo. Les dijeron: «Id a explorar esa tierra.» Llegaron a la montaña de Efraín, cerca de la casa de Micá, y pasaron allí la noche. ³ Como estaban cerca de la casa de Micá, reconocieron la voz del joven levita, y acercándose le preguntaron: «¿Quién te ha traído por acá?, ¿qué haces en este lugar?, ¿qué se te ha perdido aquí?» ⁴ Él les respondió: «Esto y esto

JUECES

ha hecho por mí Micá. Me ha tomado a sueldo y soy su sacerdote.»⁵ Le dijeron: «Consulta, pues, a Dios, para que sepamos si el viaje que estamos haciendo tendrá feliz término.»⁶ Les respondió el sacerdote: «Id en paz; el viaje que hacéis está bajo la mirada de Yahvé.»⁷ Los cinco hombres partieron y llegaron a Lais. Vieron que las gentes que habitaban allí vivían seguras, según las costumbres de los sidonios, tranquilas y confiadas; que nada faltaba allí de cuanto produce la tierra, que estaban lejos de los sidonios y no tenían relaciones con los arameos.⁸ Volvieron entonces donde sus hermanos, a Sorá y Estaol. Éstos les preguntaron: «¿Qué noticias traéis?»⁹ Ellos respondieron: «Preparaos y ataquémosles, porque hemos visto el país y es excelente. ¡Y no os quedéis ahí parados sin decir nada! No dudéis en partir para ir a conquistar aquella tierra.»¹⁰ Cuando lleguéis, os encontraréis con un pueblo tranquilo. El país es espacioso y Dios lo ha puesto en nuestras manos; es un lugar en el que no falta nada de lo que puede haber sobre la tierra.»

La migración de los danitas.

¹¹ Partieron, pues, de allí, del clan de los danitas, de Sorá y Estaol, seiscientos hombres bien armados.¹² Subieron y acamparon en Quiriat Yearín, en Judá. Por eso, todavía hoy, se llama aquel lugar el Campamento de Dan. Está detrás de Quiriat Yearín.¹³ De allí pasaron a la montaña de Efraín y llegaron a la casa de Micá.

¹⁴ Los cinco hombres que habían ido a recorrer la tierra, tomaron la palabra y dijeron a sus hermanos: «¿Ya sabéis que aquí, en estas casas, hay un efod, unos *terafim*, una imagen y un ídolo de metal fundido? Considerad, pues, lo que habéis de hacer.»¹⁵ Una vez llegados allá, entraron en la casa del joven levita, la casa de Micá, y le dieron el saludo de paz.¹⁶ Los seiscientos hombres danitas con sus armas de guerra se quedaron en el umbral de la puerta.¹⁷ Los cinco hombres que habían ido a recorrer la tierra subieron, entraron dentro y cogieron la imagen, el efod, los *terafim* y el ídolo de fundición. Entre tanto el sacerdote estaba en el umbral de la puerta con los seiscientos hombres armados.¹⁸ Aquéllos, pues, entrando en la casa de Micá, cogieron la imagen, el efod, los *terafim* y el ídolo de fundición. El sacerdote les dijo: «¿Qué estáis haciendo?»¹⁹ «Calla», le contestaron, «pon la mano en la boca y ven con nosotros. Serás para nosotros padre y sacerdote. ¿Prefieres ser sacerdote de la casa de un particular a ser

sacerdote de una tribu y de un clan de Israel?»²⁰ Se alegró con ello el corazón del sacerdote, tomó el efod, los *terafim* y la imagen y se fue en compañía de la tropa.

²¹ Reemprendieron el camino colocando en la cabeza a las mujeres, los niños, los rebaños y los objetos preciosos.²² Estaban ya lejos de la casa de Micá, cuando los hombres de las casas vecinas a la casa de Micá dieron la alarma y salieron en persecución de los danitas.²³ Al avistarlos, les gritaron. Los danitas se volvieron y dijeron a Micá: «¿Qué te pasa para gritar así?»²⁴ Respondió: «Me habéis quitado a mi dios, el que yo me había hecho, y a mi sacerdote. Vosotros os marcháis, y a mí ¿qué me queda?; y encima me decís: ¿Qué te pasa?»²⁵ Los danitas le contestaron: «Calla de una vez, no sea que algunos, irritados, caigan sobre vosotros y pierdas tu vida y la de tu familia.»²⁶ Los danitas siguieron su camino; y Micá, viendo que eran más fuertes, se volvió a su casa.

Toma de Lais. Fundación de Dan y de su santuario.

²⁷ Ellos tomaron el dios que Micá había fabricado y el sacerdote que éste tenía, y marcharon contra Lais, pueblo tranquilo y confiado. Pasaron a cuchillo a la población e incendiaron la ciudad.²⁸ Nadie vino en su ayuda, porque estaba lejos de Sidón y no tenía relaciones con los arameos. Estaba situada en el valle que se extiende hacia Bet Rejob. Reconstruyeron la ciudad, se establecieron en ella²⁹ y le pusieron el nombre de Dan, en recuerdo de su padre Dan, hijo de Israel. Aunque antiguamente la ciudad se llamaba Lais.³⁰ Los danitas instalaron para sí la imagen. Jonatán, hijo de Guersón, hijo de Moisés, y después sus hijos, fueron sacerdotes de la tribu de Dan hasta el día de la deportación del país.³¹ Se instalaron la imagen que había hecho Micá y allí permaneció mientras estuvo en Siló, la casa de Dios.

2. EL CRIMEN DE GUIBEÁ Y LA GUERRA CONTRA BENJAMÍN

El levita de Efraín y su concubina.

¹⁹ ¹ En aquel tiempo, cuando aún no había rey en Israel, hubo un hombre, levita, que residía como forastero en los confines de la montaña de Efraín. Tomó por concubina a una mujer de Belén de Judá.² Se enfadó con él su concubina y lo dejó para volver a la casa paterna, en Belén de Judá,

donde permaneció bastante tiempo, unos cuatro meses.³ Su marido se puso en camino y fue donde ella, para hablarle al corazón y hacerla volver. Llevaba consigo a su criado y un par de asnos. Cuando llegó a casa del padre de la joven, salió su suegro contento a su encuentro.⁴ El padre de la joven lo retuvo, y el levita se quedó con él tres días. Allí comieron, bebieron y pasaron la noche.⁵ Al cuarto día se levantaron de madrugada y el levita se dispuso a partir. Pero el padre de la joven dijo a su yerno: «Toma un bocado de pan para cobrar ánimo, y luego marcharás.»⁶ Se sentaron y se pusieron los dos a comer y beber. Luego el padre de la joven dijo al hombre: «Dígnate pasar aquí la noche y que se alegre tu corazón.»⁷ El hombre se levantó para marchar, pero el suegro le porfió y se quedó aquella noche.⁸ Al quinto día madrugó para marchar, pero el padre de la joven le dijo: «Cobra ánimo primero, por favor.» Así pasaron el tiempo, hasta declinar el día, y comieron juntos.⁹ El marido se preparó para marchar con su concubina y su siervo, pero su suegro, el padre de la joven, le dijo: «Mira que la tarde está al caer. Pasa aquí la noche y que se alegre tu corazón. Mañana de madrugada marcharéis y volverás a tu tienda.»¹⁰ Pero el hombre no quiso pasar la noche allí. Se puso en marcha, y llegó frente a Jebús, o sea, Jerusalén. Llevaba consigo los dos asnos cargados, su concubina y su criado.

El crimen de los vecinos de Guibeá.

¹¹ Cuando llegaban cerca de Jebús, era ya hora muy avanzada. El criado dijo a su amo: «Vamos, dejemos el camino y entremos en esa ciudad de los jebuseos para pasar allí la noche.»¹² Su amo le respondió: «No vamos a entrar en una ciudad de extranjeros, que no son israelitas. Pasaremos de largo hasta Guibeá.»¹³ Y añadió a su criado: «Vamos a acercarnos a uno de esos poblados. Pasaremos la noche en Guibeá o Ramá.»¹⁴ Pasaron, pues, de largo y continuaron su marcha. Y llegaron frente a Guibeá de Benjamín a la puesta de sol.¹⁵ Se desviaron hacia allí y fueron a pasar la noche en Guibeá. El levita entró y se detuvo en la plaza de la ciudad, pero no hubo nadie que les ofreciera casa donde pasar la noche.

¹⁶ Llegó un viejo que volvía por la tarde de sus faenas del campo. Era un hombre de la montaña de Efraín que residía como forastero en Guibeá, pues la gente del lugar era benjaminita.¹⁷ Al levantar la vista, se fijó en el viajero que estaba

en la plaza de la ciudad. El anciano le dijo: «¿A dónde vas y de dónde vienes?»¹⁸ El otro le respondió: «Estamos de paso. Venimos de Belén de Judá y vamos hasta los confines de la montaña de Efraín, de donde soy. Fui a Belén de Judá y ahora vuelvo a mi casa, pero nadie me ha ofrecido la suya.¹⁹ Y eso que tenemos paja y forraje para nuestros asnos, y pan y vino para mí, para tu sierva y para el joven que acompaña a tu siervo. No nos falta de nada.»²⁰ El viejo le dijo: «La paz sea contigo; yo proveeré a todas tus necesidades. Pero no pases la noche en la plaza.»²¹ Le llevó, pues, a su casa y echó pienso a los asnos. Ellos se lavaron los pies, comieron y bebieron.

²² Mientras alegraban su corazón, los hombres de la ciudad, gente malvada, cercaron la casa y, golpeando la puerta, le dijeron al viejo, dueño de la casa: «Haz salir al hombre que ha entrado en tu casa, para que lo conozcamos.»²³ El dueño de la casa salió donde ellos y les dijo: «No, hermanos míos; no os portéis mal. Este hombre ha entrado como huésped en mi casa; no cometáis esa infamia.²⁴ Aquí está mi hija, que es doncella. Os la entregaré. Abusad de ella y haced con ella lo que os parezca; pero no cometáis con este hombre semejante infamia.»²⁵ Pero aquellos hombres no quisieron escucharle. Entonces el hombre tomó a su concubina y se la sacó fuera. Ellos abusaron de ella, la maltrataron toda la noche, hasta la mañana, y la dejaron al amanecer.

²⁶ Llegó la mujer de madrugada y cayó a la entrada de la casa del hombre donde estaba su marido; allí quedó hasta que fue de día.²⁷ Por la mañana se levantó su marido, abrió las puertas de la casa y salió para continuar su camino. Al ver que la mujer, su concubina, estaba tendida a la entrada de la casa, con las manos en el umbral,²⁸ le dijo: «Levántate, vámonos.» Pero no le respondió. Entonces el hombre la cargó sobre su asno y se dirigió a su pueblo.²⁹ Llegado a su casa, cogió un cuchillo y, tomando a su concubina, la partió miembro por miembro en doce trozos y los envió por todo el territorio de Israel.³⁰ Y dio esta orden a sus emisarios: «Esto habéis de decir a todos los israelitas: ¿Se ha visto alguna vez cosa semejante desde que los israelitas subieron del país de Egipto hasta hoy? Pensad en ello, pedid consejo y tomad una decisión.» Y todos los que lo veían, decían: «Nunca ha ocurrido ni se ha visto cosa igual desde que los israelitas subieron del país de Egipto hasta hoy.»

JUECES

Los israelitas se comprometen a vengar el crimen de Guibeá.

20 ¹ Salieron, pues, todos los israelitas y se reunió toda la comunidad como un solo hombre, desde Dan hasta Berseba y el país de Galaad, delante de Yahvé, en Mispá. ² Los principales de todo el pueblo y todas las tribus de Israel acudieron a la asamblea del pueblo de Dios: cuatrocientos mil hombres de a pie, armados de espada. ³ Oyeron los benjaminitas que los israelitas habían subido a Mispá... Los israelitas dijeron: «Decidnos cómo ha sido el crimen.» ⁴ El levita, marido de la mujer asesinada, tomó la palabra y dijo: «Había llegado yo con mi concubina a Guibeá de Benjamín para pasar la noche. ⁵ Los señores de Guibeá se levantaron contra mí y rodearon por la noche la casa, con intención de matarme a mí; y abusaron tanto de mi concubina que murió. ⁶ Tomé entonces a mi concubina, la descuarticé y la envié por todo el territorio de la heredad de Israel, porque habían cometido una vergüenza y una infamia en Israel. ⁷ Aquí estáis todos, israelitas: tratad el asunto y tomad aquí mismo una resolución.» ⁸ Toda la gente se levantó como un solo hombre diciendo: «Ninguno de nosotros marchará a su tienda, nadie volverá a su casa. ⁹ Esto es lo que hemos de hacer con Guibeá. Echaremos a suertes ¹⁰ y tomaremos de todas las tribus de Israel diez hombres por cada cien, cien por cada mil, y mil por cada diez mil, para que recojan víveres para la tropa. Y en cuanto ésta llegue a Guibeá de Benjamín, tratará a la ciudad conforme a la infamia que han cometido en Israel.» ¹¹ Así se juntó contra la ciudad toda la gente de Israel como un solo hombre.

Obstinación de los benjaminitas.

¹² Las tribus de Israel enviaron emisarios a toda la tribu de Benjamín diciendo: «¿Qué crimen es ése que se ha cometido entre vosotros? ¹³ Ahora, pues, entregadnos a esos hombres malvados de Guibeá, para que los matemos y desaparezca el mal de Israel.» Pero los benjaminitas no quisieron hacer caso a sus hermanos los israelitas.

Primeros combates.

¹⁴ Los benjaminitas abandonaron sus poblados y se reunieron en Guibeá para salir al combate contra los israelitas. ¹⁵ Aquel día los benjaminitas llegados de los diversos poblados hicieron el censo, que dio en total veinticinco mil hombres armados de espada, sin contar los habitantes de

Guibeá. ¹⁶ En toda esta tropa había setecientos hombres elegidos, zurdos, capaces todos ellos de lanzar una piedra con la honda contra un cabello sin errar el tiro. ¹⁷ La gente de Israel hizo también el censo. Sin contar a Benjamín, eran cuatrocientos mil armados de espada; todos hombres de guerra. ¹⁸ Partieron, pues, y subieron a Betel. Consultaron a Dios y le preguntaron los israelitas: «¿Quién de nosotros subirá el primero a combatir contra los benjaminitas?» Yahvé respondió: «Judá subirá primero.»

¹⁹ Los israelitas se levantaron temprano y acamparon frente a Guibeá. ²⁰ Salieron los hombres de Israel para combatir contra Benjamín y se pusieron en orden de batalla frente a Guibeá. ²¹ Pero los benjaminitas salieron de Guibeá y dejaron muertos en tierra aquel día a veintidós mil hombres de Israel. ²³ Los israelitas subieron a llorar delante de Yahvé hasta la tarde y luego consultaron a Yahvé: «¿He de entablar combate otra vez contra los hombres de mi hermano Benjamín?» Yahvé respondió: «Atacadle.» ²² Entonces la tropa de Israel recobró su valor y volvió a ponerse en orden de batalla en el mismo lugar que el primer día. ²⁴ El segundo día los israelitas se acercaron a los benjaminitas; ²⁵ pero también aquel segundo día Benjamín salió de Guibeá a su encuentro y volvió a dejar tendidos en tierra a dieciocho mil israelitas, todos ellos hombres armados de espada. ²⁶ Entonces todos los israelitas y todo el pueblo subieron hasta Betel, lloraron, se quedaron allí delante de Yahvé, ayunaron todo el día hasta la tarde y ofrecieron holocaustos y sacrificios de comunión delante de Yahvé. ²⁷ Consultaron luego los israelitas a Yahvé, pues el arca de la alianza de Dios se encontraba allí, ²⁸ y Pinjás, hijo de Eleazar, hijo de Aarón, estaba entonces a su servicio. Dijeron: «¿He de salir otra vez a combatir a los hijos de mi hermano Benjamín o debo abandonar la empresa?» Yahvé respondió: «Id a atacarle, porque mañana lo entregaré en vuestras manos.»

Derrota y exterminio de Benjamín .

²⁹ Israel puso gente emboscada alrededor de Guibeá. ³⁰ Al tercer día los israelitas marcharon contra los benjaminitas y se pusieron en orden de batalla como las otras veces frente a Guibeá. ³¹ Los benjaminitas salieron a su encuentro y se dejaron atraer lejos de la ciudad. Comenzaron como las otras veces a matar gente de la tropa por los caminos que suben, uno a Betel y otro a Guibeá, a campo raso: unos treinta hombres de Israel. ³² Los benjaminitas se decían: «Los hemos

derrotado como la primera vez.» Pero los israelitas se habían dicho: «Vamos a huir para atraerlos lejos de la ciudad hacia los caminos.»³³ Entonces todos los hombres de Israel se levantaron de sus puestos, tomaron posiciones en Baal Tamar, y los emboscados de Israel atacaron desde su puesto al oeste de Gueba.³⁴ Diez mil hombres elegidos de todo Israel llegaron frente a Guibeá. El combate se endureció; los benjaminitas no se daban cuenta de la calamidad que se les venía encima.³⁵ Yahvé derrotó a Benjamín ante Israel; y aquel día los israelitas mataron en Benjamín a veinticinco mil cien hombres, todos ellos armados de espada.³⁶ Los benjaminitas se vieron derrotados.

Los hombres de Israel habían cedido terreno a Benjamín porque contaban con la emboscada que habían puesto contra Guibeá.³⁷ Los emboscados marcharon a toda prisa contra Guibeá, se desplegaron y pasaron a cuchillo a toda la ciudad.³⁸ La gente de Israel y los emboscados habían convenido en levantar una humareda, como señal, desde la ciudad;³⁹ entonces harían frente a los combatientes de Israel. Benjamín comenzó matando a algunos israelitas, unos treinta hombres. Y se decían: «Están completamente derrotados ante nosotros, como en la primera batalla.»⁴⁰ Pero entonces, la señal, la columna de humo, comenzó a levantarse de la ciudad, y Benjamín, mirando atrás, vio que toda la ciudad ardía en llamas que subían hacia el cielo.⁴¹ Entonces los hombres de Israel se volvieron y los benjaminitas temblaron al ver la calamidad que se les venía encima.

⁴² Volvieron la espalda ante la gente de Israel camino del desierto, pero los combatientes los acosaban, y los que venían de la ciudad los destrozaban cogiéndolos en medio.⁴³ Así envolvieron a Benjamín, lo persiguieron sin descanso y lo aplastaron hasta llegar frente a Gueba por el oriente.⁴⁴ Cayeron de Benjamín dieciocho mil hombres, todos ellos hombres valerosos.⁴⁵ Volvieron la espalda y huyeron al desierto, hacia la Peña de Rimón. Los israelitas fueron atrapando por los caminos a cinco mil hombres. Luego persiguieron a Benjamín hasta Guidón y le mataron dos mil hombres.⁴⁶ El total de los benjaminitas que cayeron aquel día fue de veinticinco mil hombres, armados de espada, todos ellos hombres valerosos.⁴⁷ Seiscientos hombres habían podido volverse y escapar al desierto, hacia la Peña de Rimón. Y aquí, en la Peña de Rimón, se quedaron durante cuatro meses.⁴⁸ Las tropas de Israel se volvieron contra

los benjaminitas y pasaron a cuchillo a los varones de la ciudad, al ganado y a todo lo que encontraron. Incendiaron también todos los poblados que encontraron.

Pesar de los israelitas.

21 ¹ Los hombres de Israel habían jurado en Mispá que ninguno de ellos daría su hija en matrimonio a los benjaminitas. ² La gente fue a Betel y allí permaneció delante de Dios hasta la tarde, clamando y llorando con grandes gemidos. ³ Decían: «Yahvé, Dios de Israel, ¿por qué ha de suceder esto, que desaparezca hoy de Israel una de sus tribus?» ⁴ Al día siguiente la gente se levantó de madrugada, construyó allí un altar y ofreció holocaustos y sacrificios de comunión. ⁵ Dijeron los israelitas: «¿Quién de entre todas las tribus de Israel no acudió a la asamblea ante Yahvé?» (Porque se había jurado solemnemente que el que no subiera a Mispá ante Yahvé tenía que morir.)

⁶ Los israelitas, apenados por sus hermanos los benjaminitas, decían: «Hoy ha sido arrancada una tribu de Israel. ⁷ ¿Qué haremos para proporcionar mujeres a los que quedan, ahora que hemos jurado por Yahvé no darles nuestras hijas en matrimonio?»

Las vírgenes de Yabés dadas a los benjaminitas.

⁸ Entonces se dijeron: «¿Cuál es la única tribu de Israel que no subió ante Yahvé a Mispá?» Y comprobaron que nadie de Yabés de Galaad había ido al campamento, a la asamblea. ⁹ Hicieron el censo de la gente y no había entre ella ninguno de los habitantes de Yabés de Galaad. ¹⁰ Entonces la comunidad mandó allá doce mil hombres valientes con esta orden: «Id y pasad a cuchillo a los habitantes de Yabés de Galaad, incluidas las mujeres y los niños. ¹¹ Esto es lo que habéis de hacer: Consagraréis al anatema a todo varón y a toda mujer que haya conocido varón, pero dejaréis con vida a las doncellas.» Así lo hicieron. ¹² Entre los habitantes de Yabés de Galaad encontraron cuatrocientas muchachas vírgenes que no habían conocido varón y las llevaron al campamento (de Siló, que está en el país de Canaán).

¹³ Toda la comunidad mandó emisarios a los benjaminitas que estaban en la Peña de Rimón para hacer las paces. ¹⁴ Cuando volvió Benjamín, les dieron las mujeres de Yabés de Galaad que

JUECES

habían quedado con vida, pero no hubo suficientes para todos.

El rapto de las muchachas de Siló.

¹⁵ Toda la gente se compadecía de Benjamín, pues Yahvé había abierto una brecha entre las tribus de Israel. ¹⁶ Decían los ancianos de la comunidad: «¿Qué podemos hacer para proporcionar mujeres a los que quedan, ahora que las mujeres de Benjamín han sido exterminadas?» ¹⁷ Y añadían: «¿Cómo conservar un resto a Benjamín para que no sea borrada una tribu de Israel? ¹⁸ Porque nosotros no podemos darles nuestras hijas en matrimonio.» Es que los israelitas habían pronunciado este juramento: «Maldito sea el que dé mujer a Benjamín.»

¹⁹ Pero se dijeron: «Es ahora la fiesta de Yahvé, la que se celebra todos los años en Siló.» (La ciudad está al norte de Betel, al oriente de la calzada que sube de Betel a Siquén, y al sur de Leboná.) ²⁰ Dieron esta orden a los benjaminitas: «Id a esconderos entre las viñas. ²¹ Estad alerta, y cuando las muchachas de Siló salgan para danzar en corro, salid de las viñas y raptad cada uno una mujer de entre las muchachas de Siló; y después os volvéis a la tierra de Benjamín. ²² Si sus padres o sus hermanos vienen a querellarse contra vosotros, les diremos: Hacednos el favor de perdonarles, pues no hemos podido capturar una mujer para cada uno en el combate; y no sois vosotros los que se las habéis dado, porque en ese caso seríais culpables.» ²³ Así lo hicieron los benjaminitas: se llevaron tantas mujeres cuantos eran ellos raptando otras tantas danzarinas; luego se fueron, volvieron a su heredad, reedificaron las ciudades y se establecieron en ellas.

²⁴ Los israelitas se marcharon entonces de allí, cada uno a su tribu y a su clan. Partieron de allí, cada cual a su heredad.

²⁵ Por aquel tiempo no había rey en Israel y cada uno hacía lo que le parecía bien